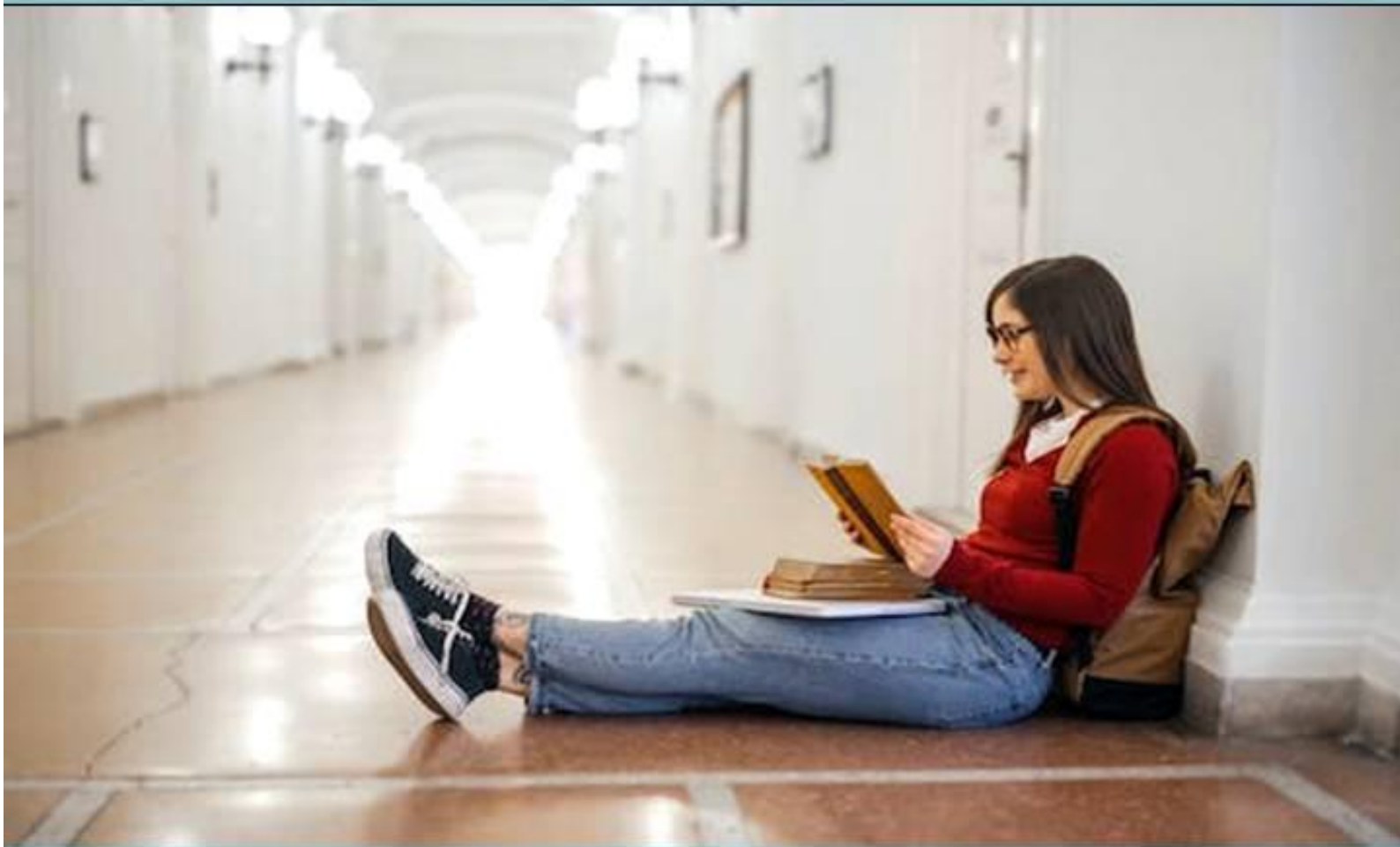


EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 7 NRO 79 SEPTIEMBRE 2022



ÁLVAREZ BENAVENTE ÁVILA R. BARRAGÁN ÁLVAREZ
CORNEJO LOBO DE ESPINOSA ECHEVERRÍA
FEDERICI FERRERAS GARCÍA GARCÍA DÍAZ
GASSÓN PACHECO GÓMEZ ALAÍS GÓMEZ CORDERO
GONOROWSKY GONZÁLEZ INZA LINN
SALDÍVAR SPINOZA TOMAS TORRES MARRUFFO
VELARDE VIGNERA VILLANUEVA PARAVICINO
VILLARREAL DE LOS REYES VILLOLDO BOTANA

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 7 NRO 79 – SEPTIEMBRE 2022

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY FREEPIK

PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS
AUTORES. QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y
ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>PASADO A LIMPIO</u>	<u>ALICIA VILLOLDO BOTANA</u>	<u>7</u>
<u>MUJER CARACOL</u>	<u>MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>19</u>
<u>TATTOO</u>	<u>RAFAEL A. INZA</u>	<u>23</u>
<u>LOS NO DESPERTARES</u>	<u>ADÁN ECHEVERRÍA</u>	<u>30</u>
<u>SUGAR DADDY</u>	<u>VÍCTOR BARRAGÁN ÁLVAREZ</u>	<u>35</u>
<u>TU SUEÑO O EL MÍO</u>	<u>PATRICIA LINN</u>	<u>41</u>
<u>LA ESTRELLA PERDIDA</u>	<u>REBECA CORNEJO LOBO</u>	<u>46</u>
<u>TAREA</u>	<u>OSMANY GÓMEZ CORDERO</u>	<u>49</u>
<u>EL DEPARTAMENTO MÁS ALTO DEL BOSQUE</u>	<u>JOSÉ LUIS VELARDE</u>	<u>52</u>
<u>SECRETO DE COCINA</u>	<u>EDUARDO VILLARREAL DE LOS REYES</u>	<u>55</u>
<u>HERALDO OPALESCENTE</u>	<u>FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO</u>	<u>58</u>
<u>MARLENE Y EL DETECTIVE INOCENTE</u>	<u>CARLOS M. FEDERICI</u>	<u>62</u>
<u>UNA PAUSA PARA EL CAFÉ</u>	<u>JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>68</u>
<u>LOS NOCTURNOS</u>	<u>JAVIER TORRES MARRUFFO</u>	<u>72</u>
<u>SIRENA ENSOÑADA</u>	<u>MARÍA MAITE GARCÍA DÍAZ</u>	<u>76</u>
<u>EN EL AIRE</u>	<u>GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE</u>	<u>80</u>
<u>PUTA</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>85</u>
<u>VENGANZA SECULAR</u>	<u>CLARA GONOROWSKY</u>	<u>91</u>



UN REGALO IRREPETIBLE	SERGIO ÁVILA R.	95
EL MENDIGO	NURIA DE ESPINOSA	101
MELODÍAS MACABRAS	CRISTIAN LEONEL GONZÁLEZ	114
Y EL ABISMO VIO DENTRO DE MÍ	DAMARIS GASSÓN PACHECO	117
LAS LECHUZAS ENTROMETIDAS	CARMEN TOMAS	125
EL NIÑO QUE QUERÍA VER A SANTA	CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS	131
EL EFRIT Y EL SULTÁN	J.R. SPINOZA	138
TRANS-COMUNIÓN	IÑAKI FERRERAS	144



PASADO A LIMPIO

ALICIA VILLOLDO
BOTANA

A Juan Carlos Onetti

Me contó que había intentado escribir ese episodio de su vida de muy variadas formas y en interrumpidos intervalos de tiempo, tratando de otorgarle una verosimilitud aunque más no fuera literaria. Una manera como otra de exorcizar fantasmas de largo cuño, de explicarse la inescrutabilidad de su deseo. Así fue como, a los pocos días de conocernos, decidió contarme un trozo, no cualquiera, de su biografía. Desnudaba sus sentimientos sin dramatismo, con franqueza poco habitual, sin matices en los gestos de su cara, pero con ese limpio impudor que no discrimina lo privado de lo público, el secreto de la revelación. Yo acababa de conocerla, como he dicho, en un bar de Buenos Aires, ciudad a la que ambos habíamos regresado después de largos exilios, obedientes a distintas razones. Era una tarde cálida en la terraza de La Biela, rodeados de desocupados, esnobs, turistas y vecinos del barrio de La Recoleta, donde también ambos, en diferentes etapas de nuestras vidas, habíamos vivido. Me gustó de entrada, en cuanto la perfilé entre las cabezas del público. Estaba leyendo, un lápiz en la mano con el que hacía marcas y anotaciones, en la actitud serena de quien estudia con gusto. Era medianamente alta, tenía unas piernas largas, bonitas, y una melena casi roja, cuajada de rizos. Cada tanto, perdía su mirada en un horizonte impreciso. Parecía que se fijaba en los paseantes y contertulios, pero solo lo parecía. Se la presentía en otra parte. Esa manera tan ambigua de estar sola me acercó



a ella. Tomamos un café, permanecía distraída, pero atendió a mis galanteos con medida amabilidad y me dio algunas pistas de su situación. Volvimos a encontrarnos un par de veces más hasta que nos fuimos a un hotel. Hablaba poco, y menos de sí misma. Una noche, la décima que pasábamos juntos, me contó que todo —y dijo "todo" con una densidad de voz muy particular— había comenzado diecisiete años atrás, en Buenos Aires.

—Tenía veintidós años, estaba embarazada de mi primer hijo y comenzaba mis estudios de filología francesa. Era bastante feliz, me había casado con un hombre extraordinario, del que estaba locamente enamorada, que me amaba y protegía. Nuestra vida cotidiana había puesto tregua a un desasosiego que llevaba conmigo desde muy chica. No teníamos problemas económicos, tampoco éramos ricos, pero sabíamos divertirnos, a solas y entre amigos. Nuestra casa estaba siempre llena de ellos, algunos se quedaban por las noches tirados en cualquier sofá. Partidas de truco en la Sociedad de Autores, los veranos en Villa Gesell o Pinamar, las reconciliaciones conyugales, el hijo que crecía lo mejor que podía, el periodismo, la literatura, el cine, la gastronomía y, también, la locura, la muerte y los celos conformaban nuestra *mise-en-scène* habitual. En medio de ese mundo, una mujer. Como nunca fui persona de respetar convenciones, no me sorprendió enamorarme de ella, quizá porque, ingenuamente, no sabía cuánto me marcaría ese largo episodio. Es la primera vez que lo cuento.

Me incorporé en la cama, sorprendido. Podía esperar



cualquier confidencia, el relato de innumerables aventuras sentimentales. Esperaba que me hablara de sus hombres, pero jamás de otra mujer.

—Era mayor que yo, podía ser mi madre. Ocurrió en el mismo día de mi boda. Yo tenía alguna referencia de ella. Había sido amante de un amigo de mi marido. Fue un sacudimiento verla entrar y sorprenderme con una mirada azul, fría y acerada, que nada tenía que ver con su cuerpo fuerte, sus maneras exuberantes, su verbo rápido e ingenioso, su risa... ¡esa risa agostada, que salía ronca de su garganta!. Me enamoré sin más, insolente y feliz. Sabía de antemano — aunque lo confirmé en el instante en que me crucé con sus ojos— que era mi paradigma de mujer. Pero silencié estos sentimientos, compartiéndolos con mi amor por mi marido. Aunque se integró a nuestro círculo social, habrían de pasar tres años para que se produjera un encuentro iniciático. Habíamos alquilado una casa en el delta del Paraná y la convidamos a compartir el verano con nosotros, entre otros motivos, para que superara una ruptura sentimental. Fue en la soledad de la isla, durante los días laborales, sin la presencia de extraños ni marido, cuando se cuajó nuestra amistad. Ella hablaba, yo la escuchaba. Me divertía con sus anécdotas e ironías. A veces, me sentía incapaz de atravesar su ensimismamiento, pero era en esos estados de incertidumbre cuando más me atraía. El verano transcurrió entre sopores y tormentas, acunados por el rumor de las lanchas motoras que iban recogiendo a los turistas, el roce de los sauces sobre el agua, las charlas atardecidas en el bar isleño, las apariciones



sorpresivas de los amigos, los repuntes imprevistos del río amarronado y fangoso, las horas del baño, los asados interminables, el mate que se iba alternando con la ginebra. No te imaginas. Fue un verano formidable. Llegó el otoño, suave, sin estridencias ni grandes contrastes, en el que fuimos fraguando, en unas extendidas charlas que se agotaban con la reiteración de planes, el proyecto de viajar juntas a Europa. Me fascinaba la posibilidad de descubrir el arte en compañía de una mujer que sostenía unas teorías estéticas, a veces, descabelladas. Le gustaba la pintura y sus opiniones eran siempre singulares, cuando no polémicas, lo que avivaba el tono de las reuniones. El viaje tenía objetivos divergentes, ella quería visitar a un familiar en Italia, país vivido y amado por ella en su juventud. Para mi, disfrutar a solas de su compañía y poder seducirla. Bajo la penumbra del equívoco, el viaje cobró visos insospechados. Ya sabes, la realidad casi nunca se alimenta de la pasta de los sueños. Creo que ella no tenía la menor sospecha acerca de mis verdaderos sentimientos.

Además, a última hora se añadieron otras dos viajeras, y ella partió hacia Roma una semana antes...

Yo la observaba con cierta curiosidad, pensando si esta historia acabaría en un drama gay, pero no llegaba a desinteresarme porque me gustaba mucho la manera en que lo iba contando.

Había establecido una cierta distancia de cuerpos. En ese momento, era solo una voz. En esos susurros quedé enganchado.

—Nos encontramos en el aeropuerto de Fiumicino.



¡Cinco días en Roma la habían rejuvenecido!.

Sus pupilas volvían a tener ese azul intenso que la luz solar le transparentaba, dando a su mirada un grisáceo toque de ausencia. La amé, como la primera vez. De haberme atrevido, hubiera besado sus labios viejos. Dejame hablarte de Roma. Toda la ciudad transmitía un optimismo contagiante. Los gritos, las carcajadas, toda esa gestualidad exagerada de los italianos me parecía natural y tronera. Había llegado a una de mis ciudades. Aun siento el olor herrumbroso que despedían las viejas paredes de la pensión en el Trastevere. El tiempo me ha birlado de la memoria la mayoría de los nombres de museos, calles e iglesias, pero jamás olvidaré la euforia, la borrachera de imágenes y sensaciones que mis sentidos intentaban incorporar de golpe, en su desorden y descaro; los vahos de cocina, el aroma de las azaleas, la humedad de sus fuentes, los colores acre de los muros...Además de mi deslumbramiento personal, ella me descubrió una Roma privada, con la experiencia y la complicidad pícara de quien ha formado parte de la intimidad de una villa, comprando en sus mercados, discutiendo calidades, regateando precios, caminándola con oficio de descubridora. Jamás volví a encontrar la Roma que ella me regaló. En mis visitas posteriores, su decadencia me pareció vejez; su bullicio, ruido; sus ruinas, abandono. Supongo que ambas versiones son verdaderas. Con ella, mi visión era la suya, y mi enamoramiento, el velo que resaltaba la realidad; en mis posteriores regresos era la de una solitaria buscadora del pasado. Creo que ya no volveré más a Roma. He regresado en



cada viaje a visitar todos los rincones, esquinas, bares y quioscos por donde nos perdíamos, contentas, irresponsables. El chapoteo de los niños en la fuente de Neptuno, un restregón contra la piedra de Bernini, el pánico sudoroso entre las estatuas de San Pedro donde conocí el vértigo, el trajinar fatigoso por las minúsculas rúas del Trastevere bajo el sol imparcial del ferragosto, los pasos ligeros de prelados y seminaristas, el sonido de una lengua extranjera, atisbando sus significados, con la alegría de acertar con las palabras. Como ves, estampas registradas con la memoria del amor. Por razones silenciadas, ella nunca comunicó si había encontrado a su familiar. Yo no pregunté, respetando su silencio. Eso es lo que me queda de Roma. Pero esto que te cuento ya estaba preanunciado en mí, iba yo predispuesta a tener después estos recuerdos. Y junto a la felicidad de su proximidad, el sufrimiento de no ser correspondida. Cómo iba a serlo, estando ajena a mis sentimientos, aunque ella desplegara inconsciente sus habituales armas de seducción. ¿Lo ignoraba todo o yo era otro juguete más de su coquetería femenina?...

Mientras la escuchaba, sabía que esta mujer, que me gustaba cada vez más, estaba, para mí, perdida para siempre. Me sentía inútil como hombre; cada vez que la deseaba, intentando sustraerla, ella retomaba su relato. Siempre la otra entre nosotros. Todo lo que esperaba de mí era un oído atento. Sabía que mi cuerpo, mi sexo, mi semen, mi identidad de macho estaban en tela de juicio ante esta mujer extraña, lejana, inaprensible, que había encontrado en mi atención un bálsamo breve, una escapatoria momentánea a su dolor. Al



mismo tiempo, la sugestión del relato aumentaba mi curiosidad sobre la otra.

—Continuamos el viaje a Londres, otra ciudad-capítulo, reservado a las pasiones del espíritu.

Alquilamos dos habitaciones en la casa de un marica adorable, en el barrio de Shepperd Bush - ¿te dije que éramos cuatro las viajeras?-, cuyos desayunos nos despertaban con su olor a bacon frito y café recién molido. Habían nacido entre nosotras, al amparo de la obligada convivencia, oscuros resquemores que no derivaban de una aparente discrepancia en asuntos turísticos, sino de un sentimiento explícito dirigido a ella, quien ocupaba toda nuestra atención.

Cada cual a su manera estaba enamorada, la necesitaba por vaya a saber qué falencia, y cualquier acción le estaba dirigida. Entretanto, Londres me desorientaba, fragmentando mis humores y apetencias. Pensaba que, a pesar de su rendido amor a Roma y su desprecio hacia los ingleses, a mí, al contrario de ella, me iba Londres tanto como Roma. Congeniaba con mi personalidad, con mi juventud. Contradictoria, sublime y ridícula, altiva, imperial, y también con esa fealdad asomando en algunos de sus monumentos. Tenía los pensamientos conmovidos, mi corazón solicitaba una prenda que yo sabía prohibida. Daba largos paseos por los inmensos parques y miraba a ambas, la ciudad y ella, con un ansia caníbal, angustiosa. Yo era tan cobarde que no me atrevía a formular mis anhelos por temor a perderla. Era preferible la incertidumbre, apaciguada con unas fantasías donde el deseo se resolvía en la soledad de mis miembros.



Estaba sola con mi cuerpo. Ahora que lo pienso, no sé cuántos años he vivido así.

Pero la palabra, imperfecta expresión del deseo, irrumpió en París...

La acaricio lentamente. Su piel es suave; su carne, dulce; sus manos, cálidas; su boca, entregada, pero no se deja poseer aunque la gozo muchas veces a lo largo de ese relato. Ya no sé qué busco, si a ella o a la otra. Intento imaginarme la escena en la que dos mujeres, una joven y otra madura, charlan en un café del boulevard Saint-Michel. ¿Cuántas mujeres hay en cada una de ellas?. Pienso en los muchos cuerpos femeninos que tuve a mi merced y, de pronto, como un relámpago inesperado, tengo un extraño eco de la figura de mi madre muerta; me horrorizo ante una evocación tan inoportuna. Sigo escuchando.

—Se lo dije con precipitación, lo vomité de golpe, absorta en sus ojos azules y perplejos. No quiso saber nada, solo escuchó lo asimilable a una teoría general sobre el amor, sin encajar ninguna alusión a sí misma. No obstante, fue en París donde más cerca estuvimos, donde, de haber querido ambas, nos hubiéramos amado. Se estableció una especie de ritual alcohólico, engañoso, que nos permitía abrazarnos, tocarnos, exculpadas por la borrachera, la clandestinidad de la noche y la fiesta excepcional que significaba estar en esa ciudad. Muchas trampas y elipsis del lenguaje nos servían para situar el erotismo en un hueco seguro y a buen resguardo de descontroles. Estábamos llegando al final de nuestro viaje, Casablanca...



Yo seguía atento, como jamás lo había estado con ninguna amante. Tenía la impresión de que ella se estaba cobrando algo con sus confidencias. Sentí amistad, ese sentimiento doméstico que despierta ternura y simpatía hacia alguien concreto. Sin embargo, a lo largo de esa larganoche había pasado por raptos de rabia y rebeldía, sobre todo cada vez que intentaba interrumpirla tumbándola entre las sábanas, y repitiéndose la misma frustración de no poder arrancarla a su melancolía de esa ausente, a quien yo también ya deseaba poseer. Pero su voz, un semitono sin matices, insistía.

—Casablanca, Rabat, Marrakech, cuarenta y ocho horas de frenesí total. Perdí el sentido del orden y del tiempo. Estaba ebria, no solo de vino dulce y haschís, sino de la morbidez del país.

Entrar en Marruecos había tenido el mismo efecto que perderme en la Edad Media. Mi carne ya sufría, demasiado herida por el deseo imperioso. Aun así, la última noche, antes de tomar el avión de regreso, solo atiné a permanecer en vigilia observando su cuerpo semidesnudo y maduro, preguntándome cómo era posible encontrar belleza más allá del límite de la piel o, mejor dicho, qué siniestra burla me jugaba la vida asiéndome a este arrebató. En fin, el viaje concluyó y tuvo consecuencias en nosotras, toda la sexualidad que durante cuarenta y cinco días había soslayado su verdadero objeto, se derramó como una lava por el entramado social bajo la forma de queja, de chisme. Un año después de impuesta la dictadura militar, con mi familia abandonamos la Argentina, creyendo huir así de los muertos. Durante dos años respondió muy



esporádicamente a mis continuas cartas, disculpándose de su pereza. Mi primera visita a Buenos Aires la tuvo a ella como motivo. Encerradas en su piso medio hablamos de lo no sucedido hasta ese momento. Acepté con dificultades el hecho de que yo careciera de aquello que ella deseaba y ella, a su vez, intentó consolarme con excusas inventadas al vuelo de su ingenio pertinaz. Sin embargo, yo sabía que se mentía y que si no se dejaba llevar por lo que llamaba oscuros designios, era por miedo. Miedo a aceptar sus sentimientos, miedo a dejar fluir una pasión que también era la suya, miedo, en definitiva, a las convenciones sociales. Percibía su ojo inquisitivo sobre mi cuerpo, el terror con que paralizaba cualquier gesto que pudiera alentarme, negativas que aullaban "¡sí!", actos fallidos que ella justificaba compulsivamente. Yo no podía ofrecerle más que mi palabra. No podía amarla como hombre, no me permitía amarla como mujer, lo que yo tampoco sabía cómo era. Mi estadía fue un escándalo, nadie mencionaba el tema, pero ambas sabíamos que todos sabían. Jamás me acostaré con ninguna mujer. Lo sé ahora. Lo supe siempre, allá lejos, sola con mi insatisfacción y las obsesiones que endurecían la nostalgia. Meses después, ella vino a Madrid y de aquella visita me queda una imagen impresionista del Parque de El Retiro, donde las esculturas de Henry Moore nos permitieron tocar nuestras manos, unir los dedos sobre el suave mármol de maternidades y desnudos. Hubo un beso fugaz, apenas tolerado. Silencio durante dos años, hasta que volvimos a reunirnos en Buenos Aires en una suerte de convite para añorar juntas viejos aromas de amistad. Viajamos hacia el



mar, hospedándonos en un apartamento prestado, en el que nos regocijamos reubicando los muebles peor que kitch con los que conviviríamos una semana. Cada una retomó sus placeres de siempre, mientras ella cocinaba y bebía, yo fumaba, escribía y escuchaba música. La ciudad, fantasmal sin bañistas, barrida por una ventisca recia y sucia, tenía, a pesar de todo, el encanto de los elegantes balnearios que seguramente frecuentaría Thomas Mann. Dábamos largos paseos por la playa, arrastradas por un viento insensato que aumentaba el propio desatino. Bien, supondrás que finalmente nos acostamos. No, no, no, otra vez el deseo de seguir deseando en ese túnel sin salida que habíamos elegido. Ya han pasado muchos años de esto. Al volver a Buenos Aires, concluido el destierro, la historia cobró una unidad que jamás había tenido, quizá porque hasta ese momento aun no había dejado de vivirla. Ahora todo está muerto, decapitado por una memoria que tamiza, cicatrizando los recuerdos. No sé nada de ella. No sé si vive o está muerta; yo la busqué largo tiempo en los cuerpos de otros. No nos vemos desde aquel noviembre de mil novecientos ochenta y pico. Ya está, no hay más que lo dicho. Como un cuento inexorablemente pasado a limpio.

¿Por qué a mi?, le pregunté angustiado.

—Porque eres su hijo.

Del Libro “CUENTOS, CANAPES & ENTREMESES

ALICIA VILLOLDO BOTANA

España / Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/alicia.villoldodebotana>



MUJER CARACOL

MARINA

GÓMEZ ALAIS

Las hojas redondas y planas rozan la blancura azulina de su desnudez. Como discos cortantes, laceran con insistencia lenta. La acaban de encontrar flotando boca arriba en la laguna, acostada sobre un camalotal cubierto de flores lilas.

Todos la contemplamos, no diría con horror... hay algo celestial en la escena, que nos estremece. Tiene los ojos apenas entornados, como queriendo ver más allá. La respuesta está cifrada ahí, en esa última mirada silenciosa. Los rayos del sol todavía no iluminan el espejo de agua y las flores de los nenúfares que la rodean, siguen cerradas. Parecen mínimos puños amarillos apuntando al cielo, erguidos, amenazantes.

Hacía dos días que se la había tragado la tierra. Eso creíamos. Era el agua: se la había tragado el agua. Demoramos en comenzar el rastreo porque su mochila seguía en la habitación y todos apostamos que iba a volver con su encanto bohemio y distraído.

Estaba registrada como Blanca Luna y, por raro que parezca, no nos llamó la atención su nombre. Ni siquiera le pedimos documentos, en los pueblos todavía se confía en la palabra. Ahora sabemos por la policía que, en diferentes lugares, Blanca había agotado el espectro cromático: Azul Cobalto, Rosa Viejo, Violeta Malva y Celeste Aguamarina. Siempre aseguraba que si la vida se paseaba opaca, había que maquillar con colores sus tonalidades melancólicas. Tal vez, solo quería olvidar cómo se llamaba. O, quien sabe —nunca se termina de conocer a las personas—, huía de alguien.

Solía contar que tres años atrás, había salido a peinar



las rutas que se enredaban en los mapas del país. Supongo que, también, necesitaría desatar sus propios nudos, intentando planchar arrugas de dolores antiguos. Harta de oír el espiral continuo de sus ideas recurrentes —decía—, prefirió escuchar el rugido del viento y lavar con agua de lluvia el alma manchada de rencores con olor rancio. Sin saber qué buscaba exactamente, decidió guardar todo su mundo dentro de una mochila enorme y transportarlo arriba de la espalda, convertida en una tornasolada mujer caracol.

Hacía dedo al costado del camino, sin itinerario, iba adonde la llevaran los que frenaban en las banquetas para levantarla, sintiendo muy adentro una necesidad salvaje de abrazar todos los riesgos posibles, con tal de ser libre.

Ahora pienso que cada trayecto azaroso, no era más que una metáfora de su propia vida. El viaje no tenía destino, ella tampoco. Ni rumbo ni prisa ni grandes expectativas.

Así recaló en San Egidio, nuestro tranquilo reducto litoraleño —no llega a los mil habitantes— cuya única atracción es la cercanía a la laguna de las Garzas. Blanca trabaja —trabajaba, me cuesta acostumbrarme a hablar en pasado— en el barcito de la hostería y con eso solventaba los gastos de su estadía. Acá somos todos muy amigables y hospitalarios —según ella— estaba contenta, por primera vez en mucho tiempo. Dudo que quisiera morir, pero se veía frágil, siempre al borde del abismo, presa fácil de los depredadores.

Escuché —lo dijo el forense— que no se habían encontrado rastros de violencia en su cuerpo. Que, seguramente, se había ahogado por la imprudencia de nadar



de noche en la laguna. La calma de la laguna de las Garzas es muy traicionera: todos terminan enredados ahí abajo, entre las raíces, pero con ella, los camalotes fueron indulgentes, porque rescataron su cuerpo —ya inerte— y lo mecieron sobre una cama florida, manteniéndola a flote sobre la superficie.

A veces, pienso que hay personas que llegaron a este mundo por equivocación y, por eso, parten rápido. Que no soportan el caos ni entienden las miserias de los otros. Que no pertenecen a estas tierras oscuras.

No quiero ni saber cuál es su verdadero nombre. Para mi Blanca siempre será perfecto. Blanca Luna.

Nunca se va a borrar de mi recuerdo su última sonrisa.

Como tampoco se va a quitar de mi memoria, su desesperación al acorralarla.

Ni su cara de terror y de asco, quitándose la ropa cuando la apuntaba con el rifle.

Me quema por dentro verla, una y otra vez, escapar de mí, corriendo desnuda bajo la luz de la luna... la piel blanca, casi transparente, y su mirada de acero clavada en mi cobardía infame, mientras se hundía despacio en la negrura del agua. Y mi imagen monstruosa, repulsiva, grabada, tan nítida, en sus pupilas muertas.

MARINA GÓMEZ ALAIS
Argentina





TATTOO

RAFAEL A. INZA

Estoy tan solo como este gato,
y mucho más solo porque lo sé y él no.
Julio Cortázar

A través de los jirones de la cortina y el humo que subía del cenicero podía verla, semidesnuda, parada de espaldas al espejo del armario, intentando un buen ángulo para ver el tatuaje recién picado en la cadera derecha.

—¡Este!

—A ver...

Me extendió el catálogo con el dedo sobre la imagen. Golpeó algunas veces con la uña roja y larguísima.

—¿Este?

—Sí, ese. —Se acostó de lado en el sofá—. Aquí. —la misma uña señalando el lugar sobre el short.

—Ahí no se puede.

—¿Cómo que no se puede? —Tensa— Todas mis amigas lo tienen ahí...

Y me miró incrédula, con cara de quien duda de tu habilidad para llegar a buen puerto con el trabajo encomendado. Me sonreí.

—Quien paga manda, pero te advierto que en cuanto lo laves...

Demoró un segundo en comprender.

—Ay... ¡Qué chistoso!

Se bajó el short hasta los muslos. No traía blúmer. En su lugar había tres cuerdas finísimas unidas por un aro plateado sobre el inicio de la quebrada. O el quebradero, desde



donde uno tiende, a veces, a despeñarse de cabeza sin pensar en lo profundo que puedes caer. En fin. Fui a la cómoda y agarré unas toallitas de papel. Tapé toda la zona innecesariamente expuesta. Ella se apoyó en el codo para mirarme.

—Uy... niño. Me asustas. Cuanta delicadeza.

Sonreí otra vez. Me lo habían advertido.

—No vas a poder concentrarte, macho... Esa hembra tiene el cuerpo de campeonato, man, y es... ¡No, brother, qué suerte tienes! No le gustó nada en mi catálogo. Tengo que renovarme. Te he puesto en las manos el mejor lienzo del mundo, man... Le di tu número para que se pongan de acuerdo. ¡Aprovéchalo y esmérate, que esa pincha la va a ver un montón de gente!

Llamó tarde y quedamos en que vendría al otro día. Le di la dirección y fue puntual. El Brother tenía razón. Cuando la vi parada en la puerta me quedé tieso, literalmente.

—¿Tú eres Roly?

Tenía el meñique en la comisura y se mordía la uña. Le extendí la mano.

—Y tú debes ser Aria... Aria Giovanni, ¿No?

—¿Quién es esa, niño?

—Una actriz a la que te pareces.

—No. Hablamos anoche... ¿No te acuerdas?

—La del...

—Zoe, mucho gusto.

Me besó en la cara. Olía dulce. Odio los perfumes dulces. Especialmente por la mañana. Me revuelven el



estómago. La invité a pasar aún con la mano extendida. Se sonrió.

—¿Vives solo?

Mirando los libros en el piso. Los cuadros a medio terminar sobre el sofá. Los restos del desayuno sobre la mesita de centro. El teléfono descolgado en el piso...

—No. —Cerrando la puerta—. Vivo con Mussolini. O bueno, él vive conmigo.

—¿Mussoquién?

Sonriendo. Se le hacían hoyitos en las mejillas.

—El gato de mi difunta tía. Muso le decía ella. Se lo cambié. Mussolini le va mejor. Es un demonio.

Ya en el taller, le pregunté si quería algo en específico.

—Una flor de loto y una carpa no muy grandes... Sorpréndeme. El artista eres tú. Mira que me han enseñado cada bazofia...

Me puse los guantes, limpié la piel con agua y jabón y la sequé con una toalla de papel.

—Oye, yo acabo de bañarme, eso no hacía falta.

—¡Ahora sí...! —Mirando su mohín— Primero hay que dibujar un boceto a bolígrafo. Si la piel está sudada, es más difícil lograr un buen trazo. ¿Entiendes eso?

Hice el dibujo y la mandé a mirarse en el espejo en el cuarto contiguo.

—Este espejo no sirve para nada. No veo una mierda. ¿Puedes encender la luz?

—En la pared, al lado del armario.

No se subió el short en ningún momento. Así que dio



unos pasos cortos y cuando accionó el interruptor quedó de lado por un instante. Debería cambiar esa cortina. Desde que el Muso la había hecho trizas me gustaba más, pero era demasiado indiscreta. Y ni hablar del espejo. No te daba un buen ángulo sin haber intentado antes un montón de posturas. ¡Maldita humedad!

—Me gusta. Pero tienes que cambiar los colores. Quiero el loto amarillo y verde, el fondo azul, por supuesto, y la carpa roja con escamas amarillas... ¿Te parece?

—Te va a costar quince dólares.

Se rió. Entonces vi el *piercing* en la lengua. Antes me había sentido extrañamente atraído, ahora sentía un morbo demasiado inusual, casi perverso. Por un instante pensé en la llamada que había estado esperando toda la noche, una mala noche, y volví la mirada al auricular que casi rompo a golpes contra el infeliz aparato y por un instante, se me pasó por la cabeza vengarme. Encendí un cigarro.

—¡Qué básico eres! —Mirándome a los ojos—. Si me cuadra te voy a dar veinte. Pero fíjate, tiene que quedar de envidia...

Seleccioné los colores. Le mostré el paquete sellado con las agujas que iba a usar. Las monté y probé el interruptor del pedal. La máquina cimbró. Contrajo hasta el último músculo.

—¿Es verdad que duele muchísimo?

—Nada que no puedas soportar. —Puse cara de intriga—
Va a dolerte menos que cuando te atravesaron la lengua con una aguja mucho más gruesa que estas...

Le mostré la máquina.



—Preguntaba porque me gusta, bobo, no porque le tenga miedo. Mientras más gordas mejor... Las agujas.

Cuando el gato se trepó al sofá, ya estaba terminado. El muy cabrón apareció de la nada y, en una fracción de segundo, metió la nariz donde, en otras circunstancias, la habría metido yo. Ella no se inmutó. Quizá pensaba que aquel roce húmedo y frío justo a las puertas del cielo (o el infierno), era solo el efecto secundario de haber tenido apoyados mis manos y brazos sobre sus nalgas por más de una hora. Confieso que después de una plantada como la de la noche anterior y desde un rato antes, la idea me daba vueltas en la cabeza y era inevitable no querer mandar todo al carajo y cobrarse un buen desquite. Como ahora. Porque Zoe estaba allí, seguramente dispuesta a negociar el costo de mi muy bien ganada reputación. Como adivinando mis pensamientos el gato ronroneó y fue a echarse en la axila de la muchacha que, al sentirlo, abrió los ojos y me miró sonriente.

—Nunca lo castres. Mira que harías infeliz a todas las gatas del barrio.

—Si quieres, te lo regalo. —Limpié el acceso de tinta— Solo viene a joder...

—Y bien que lo hace...

A través de los jirones de la cortina y el humo que subía del cenicero, podía verla, semidesnuda, de espaldas al espejo del armario, intentando un buen ángulo para ver el tatuaje recién *picado* en la cadera derecha.

—Te ha quedado genial.

—Ahora tienes que cuidártelo. Dame un segundo.



Camino a la vitrina, tropecé con el cable del teléfono y quise patearlo, pero reaccioné enseguida y lo devolví a su lugar. Tomé un tubo de crema.

—Usa jabón de lavar para remover la capa de aceite y ponte esto. Va por la casa...

Se subió el short con cuidado, sacó veinte dólares de uno de los bolsillos y me los extendió. Tomó la medicina.

—¿No está vencida, verdad?

—No, no está vencida. —Mirando el billete— Y no tengo cambio para esto.

—No seas bobo. Te dije que te pagaría extra si me gustaba. Además, ahí está mi teléfono: cópialo antes de cambiarlo.

Puso la uña roja y larguísima sobre el número. Sonreí pensando en lo fácil que resultan las cosas cuando no te las propones, mientras el gato, con la cola enhiesta, se escurría entre sus piernas.

RAFAEL A. INZA
Cuba

Facebook: [Rafael A. Inza](#)





LOS NO DESPERTARES

ADÁN ECHEVERRÍA



¿QUIÉN ENCERRÓ AL MINOTAURO?

El día de muertos la feria amaneció instalada en el parque sin que nadie escuchara algo. Los más trasnochadores dijeron que se fueron a dormir, abandonando el parque, a eso de las tres de la mañana y aún no había nada. Solo la mujer que acostumbraba alimentar a las gallinas de madrugada, vio pasar las camionetas, escuchó voces y algunos martillazos, pero nada tan escandaloso que previera todo el trabajo nocturno para levantar las atracciones.

Ahí estaban los futbolitos, las sillas voladoras, la rueda de la fortuna, esas tablas para tirar canicas, y la zona de rifles de aire para cazar patos de aluminio. En el centro de la feria se encontraba la casa de los sustos y a un costado, la entrada al laberinto con la leyenda: ¿Quién encerró al Minotauro?, entre dibujos de cuernos, colas de reses, pezuñas, y el torso de un hombre corpulento con la cara de un buey.

Al atardecer, los encargados de la feria vociferaban atrayendo a los clientes. La gente del pueblo salió de misa de difuntos y, contrario a las costumbres, quisieron gozar el esparcimiento, contra las indicaciones del párroco, de algunas de las señoras piadosas y de los hombres que apoyaban en la comunión.

Desde la entrada al laberinto, un hombre gritaba:

—¡Llega a ustedes Eeeel Laberintooo! —Y abriendo los ojos como un poseso decía a los que se le acercaban: — Acérquense y atrévanse a entrar —la gente sonreía y temblaba al mismo tiempo, ante la desorbitada mirada del hombre; y el



palurdo entonces levantaba la vista y continuaba invitando con sus ademanes: —¡Miren al monstruo: Mitad toro, mitad hombre!

Las personas dudaban por qué. Además, el párroco había bajado de la Iglesia para agredir verbalmente a los encargados de la feria, junto con los feligreses:

—Es noche de día de muertos. Vayan a sus casas. Hagan oración.

Con todo y la confusión que se había armado, muchos se percataron que Raúl, uno de los acólitos de tan solo trece años, como un desafío hacía sí mismo, decidió entrar al laberinto. No había oscurecido cuando el muchacho preguntó al encargado: —¿Cuánto cuesta la entrada?

—Para ti es gratis.

A las dos de la mañana cuando la gente decidió que era tiempo de refugiarse en su casa, porque el frío comenzaba a picarles la piel, y los ojos les ardían por esas ventiscas heladas que circulaban en el descampado, la feria comenzó a cerrar sus atracciones. Pero nadie vio salir a Raúl del laberinto.

Sus padres quisieron hablar con los encargados de la feria, pero ellos solo argumentaban: Es imposible que haya entrado solo, no se permite. Los niños tienen que entrar acompañados de un adulto.

Los padres y otras muchas personas del pueblo, enfurecidas, despertaron al alcalde, quien, con los policías, los que vieron entrar al muchacho, y hasta el mismo sacerdote obligaron a los encargados a desmontar el laberinto. Estaba oscuro y una densa neblina había caído sobre el pueblo. Nada



pudieron hallar entre los retorcidos fierros y láminas.

Los hombres de la feria fueron llevados a la cárcel pública. Los policías recorrieron las calles, interrogaron a los amigos de Raúl, dieron rondines por las carreteras aledañas, las entradas y las salidas del pueblo, se internaron por el monte, sin encontrar nada.

Cansados vieron salir el sol del amanecer, y ante la luz dulce de la mañana, con el terror en los ojos, se percataron que el parque se encontraba abandonado, limpio y silencioso: ningún juego mecánico ni carpa se encontraban instalados. Todas las atracciones que habían disfrutado por la noche, ante la luz brillante del sol, habían desaparecido; la feria había sido levantada y nadie supo cómo ni en qué momento. Corrieron hacia la cárcel pública a pedir explicación a los detenidos, pero no hallaron a nadie tras las rejas, solo algunos huesos humanos y unos cráneos relucientes y pequeños como de niños, cenizas y las colillas de cigarros que presumían haber sido fumados hacía poco tiempo aun desprendían su picante aroma.

Apareció entre ellos la mujer que solía alimentar a las gallinas muy de madrugada y les dijo: —A las tres de la mañana se fueron en sus camionetas.

CRECER

Hubo una vez una niña que con el paso de los años seguía siendo infantil. Pensó: ¿Qué se sentirá jugar a ser adulta? Y caminó hacia el cuarto de su madre para hablar con ella, y su madre era



solo una muñeca, que caminaba con su cuerpo de muñeca, y se subía y bajaba de la cama, una y otra vez, absorta en sus cavilaciones. La niña de nuestra historia la atrapó y se la acercó al rostro. La muñeca se quejó: ¿Cómo te atreves a molestarme, mocosa?, gruñó enojada y fea. La niña le dijo... Ya no puedes molestarme más mamá. Pero la muñeca le mordió los dedos. La niña la soltó y la muñeca cayó sobre la cama. Antes que la niña reaccionara, la muñeca había descendido y se había ocultado debajo del colchón. "Voy a decirle a tu padre y a todos que eres una ingrata. Que no tienes conciencia de las cosas, niña mala". No lo harás. Papá no es más que otro muñeco igual a ti. Se han convertido en plástico con el paso de los años. Y créelo madre, te voy a encontrar, y te lanzaré al fuego para que termines derretida, junto con todos esos pensamientos que metiste en mi cabeza.

*Estos cuentos forman parte de "LOS NO DESPERTARES - MICROFICCIONES"

ADÁN ECHEVERRÍA
México





SUGAR DADDY

**VÍCTOR BARRAGÁN
ÁLVAREZ**



Recuerdo que tenía diecisiete años cuando murió mi pololo. Lo sepultaron prácticamente en secreto porque no querían que vinieran los familiares. Hay gente que se pelea a muerte por desaires, deudas o mal entendidos. La de Segundo era una de esas. Fui a verlo, antes de morirse, me echaron a patadas y garabato limpio. Desde su pieza me miraba con sus ojitos amargos. Nos queríamos hartos.

Era muy lindo conmigo. Hay parejas que puro aparentan que se gustan, y lo hacen por no estar solas, o pololean a escondidas para que nadie se entere que andan con “el tanto” o “la tanto”. En nuestro caso, era Segundo el que quería ser discreto, y lo hacía por cuidarme a mí, para que no anduvieran hablando cosas.

Me acerqué una vez en la plaza y le busqué conversa. En ese tiempo yo era tiktokera, tenía casi doscientos cincuenta mil seguidores. Estaba pensando eso del only fans —que era un sitio para que te vieran en pelotas—, igual me daba cosa. Mientras él leía el diario —en papel, eso ya era raro— yo estaba haciéndome videos para subirlos. Su risa me cautivó, pero eso fue luego de que en mi mente cruzara la idea de decirle:

—¿De qué te reí, viejo chuchesumadre...?

Sí. Segundo era un hombre mayor. A sus setenta y ocho años se veía bien compuesto y arreglado. Le acepté la conversa. Me contó que era retirado del ejército, como suboficial. Que había servido en el sur para la crisis con Argentina. Tenía cinco hijos, pero vivía con el mayor y su nuera. Pero que estaba esperando que su hija hiciera un



cuartito en su patio para irse. Así empezó, nos hicimos amigos y luego amantes.

Como yo estaba en la nocturna, por ser madre adolescente, tenía todo el día para andar vagando por la población. Segundo me invitaba a pasear, a comer y comprar cosas para mi bebita. Total, todos creían en el centro que éramos un abuelo y su nieta. Yo no le pedía plata al comienzo, pero él me daba para que tuviera para la niña y esas cosas. La primera vez, me compré calzones y sostenes, tenía pocos y hartos gastados. Compré una cunita, ropita, juguetes, hartos pañales y pagué la luz que la teníamos cortada hace meses. ¿De dónde sale la plata? Me están pagando en las redes sociales porque soy influencer, decía.

—¿Y qué es esa huea, Maritza?

—Que mucha gente mira mis videos de bailes y me sigue, po mami.

Obvio que no se la creyó. Andaba sospechosa. Salía a juntarme con Segundo después de dejar a mi hija en la sala cuna muy temprano. Nos encontrábamos en la plaza, luego íbamos a uno de esos moteles donde nadie te pide identificación y nos quedábamos las tres horas juntitos. ¿Cómo era el sexo? ¿Si él podía? Bueno, como era viejito tenía problemas, se entiende. Pero nos las arreglábamos para pasarlo bien. A mí me gustaba eso. Lo que necesitaba, Segundo esperaba el día del pago de su pensión y me lo daba.

—Mami, todos andan pelando que la Maritza anda haciendo cochinas con el viejo Segundo.

—¡Putas el maricón! preocúpate de lo tuyo, de tu señora



que te anda cagando en la feria.

—¡Córtenla! Mira Maritza tay harto hedionda pa saber en lo que te estai metiendo.

—No diga eso po mami...

—Lo que hagai con tu poto es huea tuya. Pero una sola cosa te digo: Si andai con plata tení que ponerte pa la casa, aquí nada es gratis. Te hací cargo de pagar la luz y el agua pa que no la corten y alimentai a tu cabra chica.

—¡Que le diga al viejo hueón que le ponga casa o departamento!, así yo me quedo con la pieza pa mis críos que estamos muy apretados ahora —decía el cafiche de mi hermano.

Le conté a Segundo apenas nos vimos. Lo encontré raro, bajoneado. Me lo dijo todo sin pelos en la lengua. Su nuera nos había visto y le fue con el chisme a su hijo. “Viejo cochino, degenerado, te debería echar de la casa, te voy a ir a acusar a los pacos”. Que si tenía plata para andar botando en weonas como yo iba a tener que pagar todo en su casa; la pieza, la comida, el lavado de su ropa, el agua todo.

Lo empecé a notar descuidado, con su ropa cochina, el pelo sucio, sin bañarse. Me decía que su nuera no lo dejaba hacer nada, y dejaba casi todo con llaves. Me lo empecé a llevar para la casa en las mañanas cuando no había nadie. Lo metía en la tina, le lavaba su pelito, lo secaba y se iba con su ropita limpia. Me gustaba cuidarlo. Hasta una vez le corté sus uñitas de los pies y me daba risa que cerraba los ojos de susto. A esa altura solo nos acostábamos para abrazarnos y hacernos cariño. Yo le decía por qué no hablaba con su hija y se iba



luego con ella, pero me contó que ahora tenía al suegro que también estaba jodido y no tenía donde vivir.

Cada día más alicaído, pasaba en cama. Me envalentoné y fui a verlo. Pedí permiso para atender a don Segundo, que era un caballero muy bueno conmigo, dije.

—Así que vo soi la Weona que le saca la plata a mi papá. No te da vergüenza aprovecharte de un viejo casi muerto —me gritaba desde la puerta el hijo— como tan maraca, eso te enseñaron en tu casa.

—¡Oiga, no se meta con mi gente!

—Ándate a la cresta, cabra de mierda. A mi casa no entrai nunca. ¡Córrete si no querí que te pegue por sinvergüenza!

Desde esa vez, solo en dos oportunidades más pude verlo en la plaza, antes que cayera en cama para siempre. Mi Segundo se me estaba muriendo y yo no iba a poder estar a su lado.

El día del funeral miré de lejos cuando iban sacando su ataúd, pero no era la única, sus otros hijos tampoco pudieron acercarse. Juraría que la hija me miró y sonrió levemente entre la gente. Me fui en la micro que pusieron para los vecinos sentada al último, soportando el cuchucho y miraditas de las viejas que movían la cabeza en señal de reprobación.

De eso han pasado muchos años. Muchos. Ya tengo casi cincuenta años. He transitado por la vida haciendo de todo. Es curioso. Segundo siempre está presente para mí, es mi compañía. Una vez le pregunte:

—Segundo ¿Esto es amor?



—No sé qué sea, pero creo que nos hace bien.

—Cierto.

VÍCTOR BARRAGÁN ÁLVAREZ

Chile

Facebook: <https://www.facebook.com/victor.barragan.507/>

Twitter : <https://twitter.com/vdbarragan>

Instagram : https://www.instagram.com/abrasol_2018/





TU SUEÑO O EL MÍO

PATRICIA LINN



Sueño tu sueño. Soy tú en tu sueño y me miro como tú me miraste. Soy yo en tu lugar y me miro de afuera.

Estoy parada sobre la arena en una playa a la orilla del mar. Veo el agua y su horizonte infinito y la vastedad de la playa. Es una playa ancha, hay mucho espacio, mucha luz, sol del mediodía, el agua verde, y las olas rompiendo con brillante espuma. Pero la imagen cambia, ahora parece el atardecer, con nubes azul rojizas y el sol bajando a mis espaldas.

Estoy parada mirando al este, mirando las montañas en el horizonte, parecen el esqueleto de un animal tratando de alcanzar el mar. Me veo venir caminando. Esa que se ve allá lejos soy yo, y camina hacia mí. Espero. La veo acercarse: ¡parece que viene hacia mí!... pero no, pasa a mi lado y sigue de largo, como si yo no estuviese.

¡Quiero que se detenga!

No sé por qué, para qué, pero me angustia su indiferencia. La veía venir, me vi venir, y ahora se aleja sin siquiera tocarme.

Ahora soy yo en tu sueño, y te pido perdón, realmente no me di cuenta de que pasé a tu lado sin verte. Es que no puedo parar. No tengo control sobre mí, algo me lleva adelante y sigo, camino y camino sin detenerme.

Recuerdo la circunstancia que motivó el sueño.

Nos topamos en las veredas angostas de la calle Colón en la Ciudad Vieja. Ambos estábamos haciendo compras, él de cosas de la vida diaria, tenía una chismosa con un pan flauta,



una bolsa de leche y frutas, vestía una camisa que llevaba suelta, vaqueros y chancletas, me dijo que vivía cerca. Yo llevaba un trajecito de saco y pantalón azules y zapatos de taco.

—Qué gusto verte —me dijo.

—Sí, igualmente ¿cómo estás?

—Bien, estoy bien —contestó—, especialmente ahora en tu compañía.

—Gracias —le dije y sonreí.

—Qué día lindo —dijo y agregó—, ¿Cómo es que andás por aquí?

—Busco ropa para mis hijos, se viene el verano y la del año pasado ya no les entra. Y aquí en las tiendas al por mayor siempre hay cosas a buen precio.

—Ah! Tus hijos... cierto... ¿cómo están? —preguntó calmadamente.

—Bien, bien, pero esperándome. Tengo que llegar a casa antes de las 13:00, lamento, debo seguir, estoy con prisa.

—Ok, andá nomás.

—Chau.

—Chau, hasta pronto.

Así que me fui apurada, como tantas veces había hecho antes, como cuando él me detenía mientras yo bajaba la escalinata a la entrada del instituto en el que ambos trabajábamos. Yo me iba, él llegaba y yo siempre sin tiempo. Ya había marcado la salida en mi tarjeta de empleada después de un largo día de trabajo y tenía que llegar a la esquina antes de



que el ómnibus de las 16:10 pasara.

A las 17:00 sonaba la campana de la escuela de mis hijos y yo estaba siempre allí parada detrás del alambrado esperándolos. Ellos me podían ver desde la fila en que salían de la clase con su maestra, me sonreían y hacían un gesto con sus manos mientras esperaban que la maestra los dejara salir. No podía concebir perderme ese ómnibus, aún si el prospecto de una charla con él me atraía, pero siempre lo posponía. "Otro día será", me decía, pensaba.

Pero los días pasaban con mucho trabajo para hacer, mucha gente a quien atender, así que, cuando nos volvíamos a encontrar yo estaba en la misma, sobre mi riel, incapaz de frenar o desviarme.

Un lugar donde podíamos hablar un poco era en el banco, a tres cuadras del instituto en días de pago de sueldos. Después de recibir el cheque en el instituto, casi todos caminábamos hasta el banco. Coincidir en la hora que íbamos era poco probable pero no imposible, por lo que esos encuentros se daban cada tres o cuatro meses. Cuando ocurría, mientras esperábamos que nos llamaran desde la caja, hablábamos. Su música y mi escritura eran los sueños que compartíamos con una palabra o dos, parecía que no necesitábamos más...

Volviendo al encuentro en la calle Colón, una semana o dos después nos cruzamos en el instituto y él se paró delante de mí para que no siguiera caminando y dijo:

—El otro día soñé contigo —y comenzó a describirme su sueño—. Soñé que estábamos en una playa solitaria, que



venías caminando hacia mí... y seguiste de largo...

Me hizo pensar, me hizo escribir. Cuando nos encontramos otra vez un mes o dos después, le di lo que había escrito sobre su sueño, sobre el mío y le dije:

—Disculpáme, me hubiera gustado detenerme.

PATRICIA LINN
Uruguay





LA ESTRELLA PERDIDA

REBECA CORNEJO
LOBO

Una tarde nos sentamos en la mesita de la cocina y pude notar en tus ojos que habías perdido tu pequeña estrella, para cerciorarme corrí las cortinas, te miré a contraluz, te hablé de mis días nuevos en la universidad, te conté que Magnun había aprendido a rampear, que podía hacerse el muertito y saltar una valla de más de un metro de altura. Al voltear me sonreíste ligeramente, tomé tus manos esperando que volviera tu pequeña estrella, apenas si parpadeaste y mis palabras se hundieron en esta bruma que ahora eran tus ojos.

Apenas terminaban las clases volvía a casa, me recostaba a tu lado y jugaba con tus manos, te hablaba de esa actriz mexicana que te gustaba tanto, volvía a mirarte a contraluz, tú me decías que te gustaba más como cantante, que era encantadora y no entendías por qué en las telenovelas hacía de tonta.

Me comentaste que todas las tardes volvía a casa como siempre, que lo veías entrar a su habitación con su uniforme de colegio, que no te atrevías a asomarte, que solo aguardabas a que se desvaneciera. Te comentaba que el examen de matemáticas, había sido atroz, que a lo mejor volvería a darlo o quizás tendría que repetirlo. Me clavabas tus ojos sin estrella, y me preguntabas cómo me iba, qué cursos llevaba y cuándo terminaba el ciclo.

Un día me preguntaste si yo hubiera sido capaz de hacer algo así, no me atreví a preguntarte por qué, solo te aseguré que jamás lo haría. Supe que no me creíste del todo porque a veces me espiabas, aparecías de pronto en el rellano de la



escalera y te quedabas un momento, me preguntabas si no quería ver la tv o comer algo, y otras solo me contemplabas.

Me cercioraba cada mañana con la luz del verano en mi espalda, que no se apagara tu estrella, mientras papá se despedía de nosotras, las palabras colgaban a la deriva como partículas invisibles. Algunas tardes hojeábamos unas revistas de moda que coleccionabas, leíamos historias de actrices estadounidenses que ya no estaban, quedábamos absortas mirándolas: hermosas y felices.

Un día me mostraste unas fotos tamaño carnet que te habías tomado para renovar tu brevete, te pedí que me regalaras una, llevabas un saco azul y un pañuelo de colores al cuello. Miré fijamente hacia tus ojos, gire la foto de un lado a otro, le doblé las esquinas, la llevé a la ventana, no supe qué decirte, sonreí nuevamente, al constatar tu estrella perdida.

REBECA CORNEJO LOBO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/rebeca.cornejolobo>

Linkedin: <https://www.linkedin.com/in/rebecacornejolobo/>

Instagram: <https://www.instagram.com/rebecacornejolobo/>





TAREA
OSMANY
GÓMEZ CORDERO



En unos minutos tenemos que salir. Veo a mi hermana mientras se viste. Limpia sus lentes y sopla dentro para sacar la suciedad. Se toma muy en serio su tarea. Yo en cambio prefiero hacerlo en el último minuto. Se cuánto me arriesgo pero siempre ella termina ajustándome todo.

Me gusta imaginar cómo era antes por las historias de mamá y los recortes viejos que cubren las ventanas de casa. Ahí he conocido el mundo.

Mamá siempre habla alto pero sé que no está peleando solo lo hace para desahogarse. Habla de la escasez, de los pocos alimentos y de lo complicado que es salir de día. Critica mucho a los del frente. Ellos tienen buenos trajes protectores y un jardín con vidrio polarizado. Una vez le propuse a mi hermana escabullirme hasta ahí para tomar algo de fruta mientras salíamos de noche a hacer nuestra tarea pero ella horrorizada me contó que había visto como se desintegraba una rata apenas traspasó la valla de sensores. Los vecinos tienen buenas defensas.

Papá mantiene la casa, a duras penas, pero todo hasta ahora se sostiene y desde que tengo memoria le veo correr de un lado a otro siempre con su cinturón de herramientas ajustando algo o cambiando alguna cosa. Gracias a papá podemos usar la luz en las noches aunque eso es por lo que tenemos esta tarea apenas se pone el sol. A una parte de la casa él le quitó el techo con ayuda de mamá y también puso vidrio polarizado para hacer una huerta. De ahí los tomates mas agrios y ajíes apachurrados que sazonan nuestros caldos.



Hay que agradecer a papá.

Mi hermana me sacude como si tuviera algo suelto y así evita que se me vaya a caer mientras estamos fuera. Le da una patadita al balde. Su forma de decirme que salimos. Mamá siempre nos despide en la puerta con una sonrisa. Las manos cubiertas. Se lo que tiene ahí. Sé porqué tose sangre a ratos. Mamá no tuvo cuidado y le sorprendió la mañana. Recuerdo como llegó a casa y detrás papá casi arrancándose el traje refractario. Muchas ampollas, demasiadas le cubrían las manos. El traje protector no alcanzaba para los dos y debían compartírselo. Mientras vendaba sus manos decía: hoy debí llevar yo los guantes.

La puerta se sella detrás nuestro con un chillido mecánico nos miramos mi hermana y yo y corremos a limpiar los paneles de la suciedad del día. Hay luna y todo debe hacerse rápido. Me siento algo seguro porque sé que ahora papá vigila en la pantalla del radar. Corremos mientras se escuchan, aún lejos, el ruido de las criaturas de la noche.

OSMANY FIDEL GÓMEZ CORDERO

Cuba

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100079043910849>



EL DEPARTAMENTO MÁS ALTO DEL BOSQUE

JOSÉ LUIS VELARDE



*[...] y todo el panteón sagrado que acompaña al hombre desde el
inicio de la historia.*

El libro de las desapariciones

Pocos hubieran pensado que en el undécimo departamento del undécimo piso habitaba un hombre que parecía un oso, pero bastaría verlo tomar un salmón con una sola garra para dudar de la cordura. Uno miraba la mano propia sin encontrarle parecido a la mano gigantesca del hombre que solía cruzar el pasillo bamboleándose. Era como si se adentrara en la montaña más que en un edificio céntrico de finísimas personas de modus vivendi irregular. Esa fórmula mágica con la que se representa la pobreza.

Al regreso de la escuela nos arremolinábamos afuera para verlo llegar. No era extraño contar historias de crímenes cometidos en el departamento más alto del bosque o en las calles inmediatas. Nadie podía comprobarlas, pero de tanto repetirlas aún se cuentan algunas como si fueran ciertas. Bien podrían ser una serie de mentiras, pero nosotros evitábamos el aburrimiento. Miguel, uno de mis amigos, decía que el gigante no era oso y que solo se trataba de un luchador al que había visto combatir en la Arena Olímpica, pero ninguno de los otros niños podía confirmarlo. Ni siquiera los que nunca faltábamos a la lucha. Desde entonces Miguel fue considerado un mentiroso. Esa historia tenía poco en común con la relatada por Martín, quien afirmaba que el extraño era un superhéroe retirado por culpa de la gordura que no podía controlar. Los mellizos López aseguraban que el hombretón era un hombre



pequeño. Un tipo flaco que cada mañana se colocaba el equipamiento necesario para alterar su imagen por completo. El más pecoso de los López decía haberlo visto trepado en un andamio para ponerse los accesorios con los que amedrentaba a todos en el edificio.

Yo reía al escuchar las historias sin confesar nunca que las revelaciones de los López me llenaban de horror.

A veces no dormía de tanto pensar cómo un hombre diminuto se convertía en un gigante, en un asesino, en un oso. Aún recuerdo cómo callábamos al verlo aparecer en la esquina.

Era retroceder en el tiempo a los días en que los humanos enfrentaban osos con las armas ridículas de la prehistoria. Nuestros antepasados carecían de ubicación satelital, cañones de mira telescópica o equipos de batidores arreando a la presa hasta que resulta imposible fallar el disparo. En la actualidad ya no tiene chiste matar osos, pero en aquel pretérito sitio eran invencibles y nosotros nos alejábamos entre gritos horribles para buscar refugio en algún rincón del pensamiento. El sitio donde aguardaban otros miedos como la cima de la montaña sugerida por el hombre trepado en un andamio de donde descendía convertido en oso. Entonces bastaba verlo tomar un salmón con una sola garra para dudar de la propia cordura.

JOSÉ LUIS VELARDE
México

Página WEB: [Literatura Virtual](http://LiteraturaVirtual.com)



SECRETO DE COCINA

EDUARDO VILLARREAL
DE LOS REYES

Cada año a finales de octubre, con el primer frío, viene mi abuela Valentina a visitarme, es igual como cuando vivía: humilde, generosa; no hace ruido y se sienta al lado de la estufa. Ahí me espera sin hablar.

A veces me sorprende y no me doy cuenta cuando llega. Otras, me entero al oler su talco con aroma a flores con el que se perfumaba. Me da un gusto enorme volverme a ver en sus grandes ojos tristes.

Me dice: ve abriendo la leche para el chocolate.

Abro los botes y el chocolate de tablilla. Se acerca y con la mirada apunta a la canela y a la vainilla. Sonríe al darse cuenta que sé de memoria las medidas y no he olvidado su receta que me compartió cuando yo era un adolescente. Me observa con su tristeza cálida que me falta desde que no está.

Recuerda, cuando empiece a hervir. La interrumpo: pongo el fuego bajo para que vuelva a hervir por tres minutos. Le sonrío y le digo: no se me olvida.

Empieza a oler a chocolate, es el primer hervor, bajo la lumbre y busco el molinillo. Saco dos tazas, las mismas que me regaló mi tía Lupe y mi tío Ricardo cuando me casé. Le sirvo a mi abuela su taza de chocolate, lo huele satisfecha y me premia con una mentira: lo haces igual que yo. Le sonrío y salen dos lágrimas de mis ojos. Aprieto los labios. Ante los muertos es imposible mentir. Con sus manos me quita las lágrimas. Sé que se acerca el momento de que se vaya de nuevo. Ahora respirando por la boca le digo, es mi homenaje invernal para tí. Sonríe y veo sus ojos cristalinos y mira al techo como



buscando algo. De pronto escucho un ruido, es Lety que me pregunta desde la recamara si ya está el chocolate. Le respondo que sí. Con tristeza veo la silla vacía donde antes estaba sentada mi abuela. A ella tampoco le gustan las despedidas pero me ha enseñado que tanto en la vida como en la muerte todo es un hasta luego.

Lety llega a la cocina y ve la taza de chocolate y mis ojos llenos de lágrimas, con una mueca parecida a una sonrisa me pregunta: ¿Ya se fue? Y le respondí que sí, que solamente vino a ayudarme a hacer la primera jarra de chocolate.

Mi vida está hecha de pequeños y secretos homenajes y de muchos hasta luego. Y este es el primero y es cuando nos encaminamos a la temporada de Navidad.

EDUARDO VILLARREAL DE LOS REYES

México

Facebook: <https://www.facebook.com/Poes%C3%ADa-en-Aril-347399169637643>

Instagram: [@delosreyes_eduardo](https://www.instagram.com/delosreyes_eduardo)





HERALDO OPALESCENTE

FRANCOIS
VILLANUEVA
PARAVICINO

La bahorrina y el hedor del arroyo atraían a los moscardones, cuyos zumbidos molestaban bajo el sol de mediodía hiriente y pesado como el plomo. Por las tardes, cuando la temperatura alcanzaba grados de fiebre, casi todo el pueblo era invadido por una atmósfera venérea, que solo era posible aguantar vestido con short y sandalias, tapándose a cada rato la nariz y siempre agitando un matamoscas.

El sueño de todos era ahorrar para marcharse a otro lugar, incluso a cualquiera de los pueblos más cercanos. Los pobladores vivían del campo, las ganancias eran exiguas. Por ello, al año se iban un par o un trío de familias, por lo que en estos tiempos solo quedaban pocos hogares.

—He visto un par de *chiririnkas* en las orillas del arroyo —le advirtió el niño Miguel a su amigo Pepe, en la bodega del pueblo, una tarde tórrida—. Cuídate mucho, Pepito, porque tú vives cerca de ahí.

—El que debe tener cuidado debes ser tú, zonzito, porque tú lo viste, y ese bicho es de mal agüero —dijo Pepe, a la defensiva.

Al día siguiente, en la hora del almuerzo, cuando Miguel esperaba la sopa en su silla, frente de la mesa, distinguió, entre las moscas, encima del marco de madera de la ventana, a aquel insecto verdeazulado, opalescente, ventrudo, que parecía mirarlo de modo maquiavélico. Dudó unos segundos, con la boca y las pestañas fruncidas. Al final expresó con desesperación poniéndose de pie:

—Madre, otra vez he visto a la *chiririnka*.



Doña Toña, que terminó de servir para ella y para su hijo, por el contrario, le sonrió y le dijo:

—Solo debes orar a Dios y a los Apus para que nos protejan, Miguel.

—Pero, ma, todos saben que la *chiririnka* es peligrosa...

—Nadie cambia el destino de los hombres, Micky. La *chiririnka* solo anuncia lo que está destinado, hijo, y no podemos hacer nada contra eso.

—¿Papá cuándo regresará, mamá? La verdad estoy muy preocupado...

—Llegará en tres días, Miguel, y será mejor que no te descuides de tus deberes, porque si no se enfadará.

Miguel la abrazó y, aunque quiso llorar, sintió cierto alivio y se calmó. Al volver a sentarse, vio a la *chiririnka* salir por la ranura de la ventana.

En la madrugada, cuando dormía, soñó que el arroyo apestoso desbordaba sus aguas de forma violenta, y con potencia arrastraba piedras, árboles, escombros de viviendas, hasta incluso cadáveres de animales y personas, y, de golpe, se despertó a las tres de la madrugada, con lágrimas en los ojos. Como una sentencia irrefutable, lo peor de todo fue escuchar el aleteo de aquel moscardón opalescente, que golpeteaba la puerta y que, de la nada, se perdía en las afueras.

En la tarde, luego de la escuela, su madre le encargó traer agua en un par de baldes para el chanco que criaban, y, como todo niño obediente, salió de inmediato. Cuando bajaba la pendiente para llegar al arroyo, vio en la otra orilla una cosa brillante, que, con el resplandor de la tarde, le pareció, a simple



vista, un pequeño tesoro.

Dejó a un lado los baldes, se quitó las sandalias, empezó a saltar con destreza sobre un par de piedras grandes y sobresalientes, pero en la tercera, como por arte de brujería, pisó mal y el pie en falso se hundió en el agua. Con un movimiento brusco, torpe, violento, cayó de espaldas y, como el ruido de un costal de papas al ser arrojado al piso, su cabeza tronó en seco al estrellarse con una roca sedimentada. Lanzó un gruñido, un quejido bronco, y su conciencia enlutó en segundos.

Su padre llegó esa misma noche, había decidido regalarles su pronta presencia a sus seres más queridos, y encontró en su vivienda —en la sala, sobre una mesa, con velas y flores, crucifijos y ofrendas— a su esposa y los vecinos velando a su pequeño. Dicen algunos que vieron a la *chiririnka* durante unos minutos y que, después, se disolvió en la nada.

FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/123FrancoisVillanueva123>

Instagram: <https://www.instagram.com/francoisvillanuevaparavicino/>





MARLENE Y EL DETECTIVE INOCENTE

UNA PINCELADA DEL CÁNDIDO ROMANTICISMO DE ANTAÑO

CARLOS M. FEDERICI

- ¡E

l timbre, Marlene! ¡Ahí está!

La barra rebullía alborozada a mis espaldas. Me sentí apretada entre ellos y la puerta que tenía que abrir. Confieso que en ese instante crucial me habría echado atrás con gusto; pero era imposible. Al fin y al cabo, yo había perdido y me correspondía pagar la prenda.

Abrí. Un rostro tostado, de expresión seria, se enfrentaba al mío..., bueno, bastante por encima. Sus ojos eran dos ranuras a través de las cuales se escapaba “un helado fuego azul”, como dicen en las novelas. Me impresionó.

—Soy el detective Gálvez —dijo el rostro—. Recibimos una llamada de aquí para denunciar un robo. ¿Nos llamó usted?

Detrás de mí, las risas sofocadas borboteaban como agua en una marmita. Un momento más y se disparaban. No podía estirar mucho la cosa.

—Fue muy amable en venir, señor detective —dije con la voz más firme que me salió; y, cerrando los ojos, me lancé—: ¡Que la inocencia le valga!

Se soltó la barra en pleno. ¡La locura!

No se produjo ninguna alteración en las severas facciones. Solamente el fuego azul de las pupilas se enfrió un poco más. Fue escalofriante.

—Así que era una broma.

Por primera vez en mis dieciocho años de vida sudé de miedo.



—Bueno, yo... —traté inútilmente de forzar una sonrisa—. Como hoy es veintiocho de diciembre, y estábamos jugando y yo perdí y mi prenda fue... —mi voz agonizó bajo el hielo de su mirada. Se había hecho un silencio mortal.

—Acompáñeme —dijo.

—¡Oiga! —farfulló Pocholo por entre su melena—. ¡Usted no se la puede llevar presa!

Por fin se había decidido alguno a defenderme. El coro gutural de la barra lo apoyó de inmediato.

—Silencio —dijo el detective Gálvez, sin molestarse en mirarlos. Bastó con eso. Me hizo entonces un ademán—: Vamos.

Como yo vacilaba en seguirlo, se plantó frente a mí con las manos en las caderas. El saco, entreabierto, permitía ver el brillo amenazador de dos aros metálicos que le colgaban del cinturón.

—¿Tendré que usar estas?

No fue preciso. Antes de que pudiera darme cuenta del todo de lo que estaba pasando, la portezuela del automóvil del detective Gálvez rubricaba de un golpe mi irremisible condición de prisionera.

—¡Ay! ¿Me lleva detenida? ¡No, por favor!... ¿Qué van a decir mis padres? ¿Y el escándalo?... ¡Por favor, sea bueno y déjeme ir!

Lloraba lo más seductoramente que podía; pero hubiese sido igual ahorrarme el esfuerzo. El parabrisas del coche lo tenía fascinado, al parecer.

—¡Mi papá me mata! ¡A mi mamá le da un ataque! (Ya



para entonces mis lágrimas eran de verdad).

La esfinge se dignó romper el silencio:

—¿Sabe lo que es una comisaría? — preguntó.

Su tono traslucía un infinito desprecio por mi ignorancia. No pude contestarle, y él siguió:

—Un lugar donde los policías hacen su trabajo. —Sus ojos se clavaron de golpe en los míos—. Su trabajo... ¿Entiende esa palabra?

—Sí —respondí en un susurro. Y era verdad. De repente lo entendía. Dos o tres frases que me lanzó, aquellas miradas tuyas y todo lo que implicaban, su actitud entera, me obligaron a entender. Y entonces vi claramente lo inútil que había sido siempre la vida de Marlene Supervielle, nena “bien”.

—Hay mucha gente en esta ciudad —continuaba—. ¿Sabe cuántos delitos se cometen semanalmente? Rapiñas, violaciones, asaltos a mano armada, homicidios... —hizo un brusco viraje—. ¿Y sabe con cuántos hombres se cuenta para prevenir, resolver y tratar de contener esos desmanes?... ¡Si se molesta en pensarlo se avergonzará de haber distraído a uno de esos escasos hombres con una broma estúpida!

Bajé la cabeza (¡yo, Marlene Supervielle!) y confesé:

—Estoy muy arrepentida...

—¡Bueno!... Eso ya es algo. A lo mejor todavía se puede sacar una persona decente de usted.

Levanté la vista, sorprendida. Su voz parecía casi humana.

—Me alegro de que reconozca que obró mal. No crea que ignoro que la culpa no es del todo suya. A usted la educaron



de cierta manera, en un ambiente determinado, y... —meneó la cabeza—. Le tengo lástima, a pesar de lo linda que es.

Me sentí lanzada hacia adelante. Él había clavado los frenos.

—Baje —ordenó.

En ese momento, un hombrecito rubicundo, cargado de aparatos fotográficos, salió a la carrera de la comisaría.

—¡Che, Héctor! —le gritó al detective; y ante mi profundo asombro sorprendí a este haciéndole señas desesperadas para que se callase—. ¿Dónde te metiste? El dire quiere la nota sobre el asalto dentro de medio minuto...; dice que si no ya te podés largar de la revista y... —se le salieron los ojos como bolitas al percatarse de los ademanes del otro.

Me invadió una súbita sospecha. Estiré la mano.

—A ver su placa, señor, por favor.

Lo que nunca hubiese creído: ¡titubeó! Después dejó caer los brazos, con aire resignado.

—Bueno... ¡ya que el idiota de Colucci lo arruinó todo!... —Le hizo un ademán furibundo, y el otro huyó a escape—. No soy detective, señorita.

Me puse roja; pero ahora la vergüenza no tenía nada que ver.

—¿No? ¿Y entonces?...

—Soy redactor de una revista... Cronista policial. Hago guardia en esta comisaría. El oficial que atendió su llamado se dio cuenta de que se trataba de una broma... Se oía el ruido de los vasos y la música del tocadiscos y las risas. Lo disuadí de gritarles un disparate y le pedí carta blanca para ajustarles las



cuentas al gracioso. Mi idea era pegarle un buen susto y sacarle para siempre las ganas de hacer chistes de esos... Era más que nada por su propio bien, ¿entiende?

No parecía muy arrepentido. En un tris estuve de írmele encima con uñas y dientes; pero lo pensé mejor. La intención no fue mala; lo que hicimos nosotros sí que estuvo mal, y además... ese pelo bien cortadito y ese perfil bien varonil me resultaban un cambio tan refrescante...

—¡Se rio de mí! —le reproché.

—¡Nunca! Lo único que hice fue darle una lección que —levantó la mano para apaciguarme— tendrá que reconocer que se merecía.

—Usted tampoco es un santo. ¡Asumir una falsa personalidad!...

—Es cierto —admitió el seudopolicía Gálvez—. Los dos somos culpables. Y ambos debemos purgar nuestras culpas. ¿Le parece un castigo adecuado ir a cenar juntos?

Estaba pensando en una recatada negativa, cuando oí dos “clicks” secos consecutivos.

No había remedio. ¡Estábamos esposados! Qué se le iba a hacer...

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [Carlos M. Federici](#)

Ilustración: **EDDIE CHAN** (modificada).





UNA PAUSA PARA EL CAFÉ

JOSÉ A. GARCÍA

I nconfundible, el rugir del motor de la Harley-Davidson Hydra Glide, modelo 1949, me llevó a asomarme por la ventana de la oficina. Allí abajo, en la esquina donde se detenían los ómnibus, un solitario hombre esperaba. No parecía muy joven, tampoco era un viejo decrepito, sino que atravesaba esa etapa de la vida en que no se es ni una cosa ni la otra. Vestía ropas normales, zapatos marrones, un pantalón azul un tanto gastado, un saco negro y, por lo que podía verse en el cuello, una camisa blanca. No usaba maletín sino un morral cruzado, una de las tantas señales de que se encontraba en ese gris entre una edad y la otra. Ese hombre, solitario, cansado, se parecía un poco demasiado a mí. Él también giró su cabeza cuando el rugir del motor se acercó.

Yo no podía verlo, pero la motocicleta acabaría de aparecer en la esquina opuesta; lo sé porque, rápidamente, esa pieza clásica de ingeniería norteamericana se dejó ver bajo mi ventana.

Enfundado íntegramente en cuero, botas, pantalón y abrigo, cubierto con un casco redondo sin protección —de esos que no están autorizados por la Dirección Nacional de Vialidad—, quien conducía la motocicleta se bajó y con un mismo moviendo colocó el pie de apoyo. Quedó cara a cara con el hombre de traje. Parecían hablar aunque claramente yo no podía escucharlos. Sin embargo, imagino que el diálogo debe de haber sido algo como esto:

—¿Eres tú? —preguntó el de la motocicleta.

—Soy yo —respondió el del traje.



—Llegó tu hora.

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Sí. Así es.

El de la motocicleta se quitó el abrigo y la remera negra que llevaba debajo. En su torso quemado por el sol del último verano se adivinaban cicatrices, viejos moretones y lo que supo ser un vientre plano y bien trabajado. Sus brazos también mostraban los indicios de un cuerpo que comienza a decaer.

No le vi ningún tatuaje, pero eso no quiere decir que no los tuviera.

Urgido por el otro hombre, el que aguardaba por el ómnibus comenzó lentamente a quitarse el saco y luego la camisa. El suyo era un cuerpo fofo, falto de dedicación, acostumbrado a la vida fácil de oficina, cerveza real —no de esas artesanales que nada tienen de cerveza—, comida enlatada, películas eróticas sin guión y relaciones interpersonales sin futuro.

Antes de vestirse con la camisa blanca, el hombre de la motocicleta se quitó las botas y el pantalón de cuero. Su ropa interior también era negra, un negro que no desentonaba con el color de su cuerpo, al contrario, parecía resaltarlo. Con pudor, el otro hombre se quitó el pantalón, su ropa interior no era del todo blanca, y no hace falta decir nada más.

Cada uno se vistió con la ropa del otro, como si a pesar de las diferencias físicas, las ropas fueran del tamaño ideal. Aunque el abrigo de cuero resultaba sí un poco grande.

El último detalle se completó cuando el de la motocicleta sacó de una de las alforjas un maletín plateado, lo abrió y dejó



en su interior el morral sin preocuparse por lo que pudiera haber dentro. Luego le tendió el casco al otro hombre y, por los gestos, entiendo que le explicó algunas cuestiones sobre el funcionamiento de la motocicleta. El hombre que hasta hacía solo unos instantes esperaba el ómnibus se colocó el casco, se subió al asiento y se dispuso a partir.

El otro hombre le señaló el pie de apoyo de la motocicleta, olvidarle era el clásico error de un principiante. El nuevo motociclista sonrió y lo quitó.

Se despidieron con un gesto de asentimiento. De seguro deben de haber dicho algo más antes de que la motocicleta se pusiera en marcha y comenzara a alejarse en la misma dirección en la que apareciera unos minutos antes, adelantándose apenas a la aparición del ómnibus al cual subió el hombre del maletín.

El rugido del motor de aquella Harley-Davidson Hydra Glide, modelo 1949, se perdió en medio de los ruidos de la ciudad y yo, que nunca supe nada sobre motocicletas, motores ni ropas de cuero, regresé al café frío que me esperaba sobre mi escritorio.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB www.proyectoazucar.com.ar





LOS NOCTURNOS

JAVIER TORRES
MARRUFFO

Poseídos por una macerada furia, los vecinos del condominio «El Remanso» decidieron hacer justicia con sus propias manos. Durante la madrugada de hoy, un grupo de ellos cargó armas e irrumpió a la fuerza en la comisaría del distrito de Santiago, mujeres y hombres maniataron al policía que estaba de guardia. El efectivo responde al nombre de Cristo Mauro y las autoridades del gobierno aún desconocen su paradero exacto.

Luego de unas horas de llevar a cabo el secuestro, los vecinos del condominio convocaron a distintos medios de prensa, decididos a realizar sus declaraciones. Estas acciones buscan presionar a las autoridades, exigen que se resuelva el caso que hace semanas perturbó sus vidas. La extraña desaparición de los adolescentes, Rolando Polizogopulos y Carmen Rojas, ambos vecinos del enorme complejo. Luego de los interrogatorios de rutina, se determinó que los padres de los menores eran los mayores sospechosos de las últimas acciones.

La división de investigación criminal allanó el departamento de Sonia Scarsi, madre de Rolando. La mujer es viuda y sufre un trastorno del habla, fue encontrada en estado catatónico sobre un colchón sucio. Al parecer llevaba días encerrada en su departamento, no contaba con luz eléctrica y del interior emanaba un desagradable hedor. A pesar de estas dificultades los representantes de la policía nacional realizaron el violento registro.

Los agentes solo encontraron una peculiar caja de cartón. El objeto poseía siluetas de mujer dibujadas a los



costados y, adentro, lo que parecía ser excremento animal. Al no obtener mayores datos, los interrogatorios se dirigieron hasta el colegio «Acrópolis», lugar donde están matriculados los dos adolescentes desaparecidos.

Los policías encontraron el testimonio clave de un compañero de aula de los menores. Según diferentes versiones, los chicos en el salón están encaprichados con Carmen, pero Rolando era la excepción.

De acuerdo a las fuentes, en una ocasión, algunos compañeros de la misma aula escondieron el cuaderno de matemáticas de Rolando. Él nunca se quejaba y durante el día olvidaron la broma. Uno de ellos llegó a su casa con el cuaderno, decidió darle una ojeada. En las últimas páginas encontró enormes párrafos que Rolando había escrito como si fuera Carmen. «No era la letra de ella, pero sí su forma de hablar», dijo el testigo.

El joven mantuvo el hallazgo en secreto, aprovechó para acercarse a Rolando. Un día decidió preguntarle por qué escribía como Carmen. —¿Quieres ser mujer? —le dijo con exactitud. La policía le pidió al testigo que fuera muy específico en la respuesta que obtuvo. Hemos reproducido textualmente lo que contestó. «Rolando dijo que necesitaba llevarse a Carmen para convertirse en un héroe. Le dije que no entendía y que estaba hablando huevadas. Respondió que no le importaba. Cambió de tema, de pronto dijo que le gustaban los toros y algún día tendría uno».

En las últimas horas han brotado infinitas teorías y opiniones sobre los hechos ocurridos en el condominio de



Santiago. Algunos creen que se trataría de un crimen con características pasionales: aquel confundido adolescente accionó contra su compañera por celos, los dos estarían enamorados del mismo compañero de clases. Otro grupo de personas relacionan este hecho con brujería. Asocian las desapariciones y la peculiar caja con algún ritual satánico.

Lo único cierto es que la policía ha ejecutado un increíble operativo para rodear el condominio. Los vecinos elaboraron un video como segundo comunicado. Fue difundido por canales de televisión, las imágenes muestran al policía amarrado y con polvo rosado en su cabeza.

La paranoia empieza a desbordar la ciudad.

JAVIER TORRES MARRUFFO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/javier.torresmarruffo/>

Instagram: [@domini.canis](https://www.instagram.com/domini.canis)





SIRENA ENSOÑADA

MARÍA MAITE
GARCÍA DÍAZ

María caminó a la orilla, embutida en un flotador rosa escandaloso, con esa aprendida indiferencia a las opiniones susurradas e indisimuladas, balanceando sin vergüenza sus carnes flácidas y sus arrugas sesentonas. Se ajustó por última vez el gorrito de baño de flores amarillas y fue entrando en el agua, de a poquito a poco, avanzando hasta perder pie y quedar al fin a merced del plástico rosa y del suave vaivén de las olas. Cerró entonces los ojos, exhaló un suspiro y se imaginó buceando entre corales, explorando civilizaciones arcanas y las maravillas vivas del océano, o conversando entre burbujas y risas con atlantes legendarios, con tritones y sirenas...

Para cuando abrió los ojos, el sol ya caía y la corriente la había alejado bastante de la costa. María volvió a suspirar. Ah... Qué poquitas ganas las suyas de volver a su aburrida soledad enviudada... De mala gana, empezó a chapalear —con más voluntad y determinación que estilo o gracia— de regreso a tierra, sin saberse observada por un atlante de barba cana, que cada tarde de verano la esperaba bajo el agua más allá del malecón, prendado de sus encantos añejos.

Quizás algún día reuniera por fin el valor para pedirle una cita...

Pero claro, de todos es sabido que los dioses hallan entretenimiento y solaz en la vida de sus criaturas... Y Poseidón, cansado de que esta historia se repitiera sin variaciones un verano tras otro, se decidió a intervenir en los asuntos ajenos. Tan solo tuvo que agitar suavemente su



tridente para que la corriente alejara más y más de la costa a María. Con una punzada de pánico a la que ella se negó a sucumbir, renovó sus esfuerzos natatorios, aunque fue en vano. Al rato, dejó caer exhausta la frente sobre el plástico rosa, al borde ya de la rendición y el desfallecimiento, y fue entonces que un impensado «Hola» salido de ninguna parte le hizo dar tal respingo que a punto estuvo de salirse del flotador y perderlo. Empezó a dar manotazos sin ton ni son a su alrededor, salpicándolos a ambos, mientras el otro intentaba que no se le ahogara ahí mismo. Finalmente María, bien afianzada de nuevo en su discretito rosa de plástico, soltó un rezongo y decidió que se le había pasado el susto lo suficiente como para mirar a quien le había hablado. Él sostenía las manos al frente y fuera del agua, en ese universal gesto de quien procurar no representar amenaza alguna.

—Hola— repitió él, el corazón acelerado y el aliento contenido de pura expectación. María parpadeó una, dos veces, bastante segura de que no había visto a nadie cerca... ¿De dónde es que había salido? ¿Cuándo es que se le acercó tanto que no lo vio venir? Sin embargo, tal línea pensamiento fue abandonada casi de inmediato cuando la tomó por sorpresa la inesperada calidez que halló en los ojos grises del extraño, del mismo gris oscuro del mar en un día de tormenta.

—Hola —respondió ella, ladeando la cabeza, sin ser consciente aún de que, de alguna forma, estaba a punto de empezar la mayor y más emocionante aventura de su vida.

Poseidón, sentado en su trono, sonreía...



MARÍA MAITE GARCÍA DÍAZ

España

Facebook: <https://www.facebook.com/Maite.Garcia.Mutemuia>

Twitter: <https://twitter.com/mutemuia> -

Instagram: <https://www.instagram.com/mutemuia/>

Blogs: <https://www.fanfiction.net/u/6019975/mutemuia> -

<https://www.fictionpress.com/u/1031673/mutemuia>

<https://kernelpanikk.wordpress.com/2016/10/21/perfiles-de-fanfikers-conoce-a-mutemuia/>





EN EL AIRE
GERARDO ÁLVAREZ
BENAVENTE



C omo todas las tardes a esa misma hora, me senté en el sillón del living a escuchar mi programa musical preferido. Se trataba de los grandes genios del Rock and Roll. Músicos y bandas de los años cincuenta, sesenta y setenta desfilaban a lo largo de esa hora, retrotrayéndome en el tiempo, haciéndome recordar viejas épocas.

Me gustaba escuchar el programa, con el termo a un lado, saboreando un buen mate amargo que solía acompañar con algún pan con grasa o galletas dulces recién comprados en la panadería de enfrente. Entonces me ponía a recordar viejos amores, la época de la psicodelia y los hippies, las asambleas y las marchas estudiantiles, los grandes ideales... luchábamos por un mundo mejor... Ahora parece que todo eso se acabó; solo me resta escuchar la radio y recordar, solo, en este apartamento alquilado.

De repente en medio de una canción escuché un crujido que provenía del radiograbador. Miré. La rejilla del parlante se había partido. Me puse de pie para ver mejor, algo sobresalía... ¡Es increíble, pero parecía el mástil de una guitarra! Inmediatamente emergió del parlante el resto del instrumento y con él... quien lo ejecutaba. Pensé que se trataba de una alucinación o algo así. Después, otros integrantes de la banda que estaba sonando en la radio fueron apareciendo de a uno, retorciéndose para intentar pasar los instrumentos. El baterista solo trajo los palillos y un tambor pequeño. Uno de ellos alzó la mano y me dijo: “¡Hello!”. Yo le devolví el saludo, sin salir de mi sorpresa y los invité a sentarse.



Eran mis músicos preferidos y estaban allí conmigo, pensé que era un sueño. Un sueño del que despertaría en cualquier momento.

Cuando terminó de sonar la canción el locutor anunció otras más de la misma época. Y entonces la escena volvió a repetirse: los músicos que las ejecutaban fueron atravesando el parlante y entrando al living de mi casa. Me empecé a sentir muy perturbado. En pocos minutos había más de veinte personas en mi apartamento. Unos conversaban entre ellos, otros miraban asombrados el lugar que no conocían. Entonces yo me presentaba y los invitaba a sentarse. Como no tenía mucho que ofrecerles decidí llamar al supermercado para que me enviaran un cajón de cervezas. En cuanto me lo trajeron se pusieron a destaparlas y a beber una tras otra.

Jimmy —observándome con curiosidad— me preguntó qué era lo que yo tomaba y me pidió para probar. Seguramente creyó que era algún alucinógeno. Chupó de la bombilla con curiosidad. En seguida otros hicieron lo mismo. Les expliqué lo que era y muy pronto algunos se pusieron a tomar con fruición. Excepto David que puso cara de asco y prefirió continuar con la cerveza.

El termo estaba vacío. Me levanté y mientras esperaba en la cocina a que el agua se calentara trataba de entender lo que estaba ocurriendo. Ellos estaban allí no sé por qué razón, con sus atuendos floreados, sus pantalones anchos y el pelo largo. Veinte años atrás me hubiera sentido muy feliz al poder estar frente a frente con mis ídolos, dialogar con ellos, intercambiar opiniones acerca de su música y de la situación



del mundo. Sin embargo, ahora una vaga sensación de angustia me invadía poco a poco sabiendo que esa época ya no existe y que los ideales se hicieron pedazos.

Los veía con sus veinte años, con su inconciencia y su fervor. Probando hierbas raras o hablando de gurúes orientales. Intentando tocar la cítara como si fuera una guitarra eléctrica. Era como ver una película por segunda vez conociendo el final. Peor aún, lo veía a Jimmy, enloquecido tomando de mi mate y me acordaba de la sobredosis que lo mataría después. ¿Debía decírselo? ¿Debía decirle a John que un loco lo asesinaría en plena Nueva York?

Eric se acercó a mí para pedirme otra cerveza, se la alcancé y con el termo lleno nos fuimos al living nuevamente. El resto estaba sentado en el suelo formando una ronda, probando sonidos y parloteando animosamente.

La radio se había quedado muda, así que les pedí que tocaran algo para mí y así lo hicieron. Pasamos un largo rato; ellos cantando y yo acompañándolos cuando conocía la letra. Sin darme cuenta le pedí a Mick que cantara un tema que aún no había compuesto. Yo me olvidé de su edad; todos ellos todavía estaban en los años sesenta. Entonces al darme cuenta de la delirante confusión de lo que nos sucedía, les expliqué que estábamos en otra época y cité datos actuales de algunas revistas. No quería desilusionarlos pero tampoco mentirles. Les traje mis discos más recientes y libros con sus biografías. Todos se pusieron ansiosos por ver lo que les deparaba el destino. Leían con avidez pasando páginas y más páginas para saber de su futuro. Creo que a algunos no les gustó demasiado



porque optaron por dejar los libros a un lado y continuar bebiendo.

Paul me preguntó: “Pero en serio, ¿voy a dejar la banda para lanzarme como solista?” y Eric me pidió que le pusiera uno de mis discos para copiar la melodía con su guitarra, asombrado de su propia y futura composición.

El tiempo transcurrió rápidamente. Ya era de madrugada cuando alguien dijo: “Tenemos que volver”. Entonces les pedí que me dieran sus autógrafos y hasta intercambié alguno de mis discos por sus objetos personales.

Me preguntaba como harían para irse y no romper más mi radio, aunque no fue difícil. El primero introdujo el pie por el parlante, luego se retorció un poco y desapareció. Lo mismo hicieron los demás.

El apartamento quedó silencioso y vacío. Me acerqué al radiograbador y lo observé: detrás de la rejilla rota se veía el cono del parlante intacto. Sentía una profunda desazón al darme cuenta que esa época no volvería nunca más, pero les agradecía que hubieran irrumpido en mi apartamento porque me habían mostrado —sin saberlo— todo lo que significó para mí y es por eso que sigo escuchando el programa todos las tardes.

GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE

Uruguay

Blog: miscuentos17.blogspot.com

Facebook: www.facebook.com/gerardo.alvarezbenavente/





PUTA

GUSTAVO VIGNERA



oy a ir a hablar con la maestra! —le dijo mi abuelo a la nona mientras yo escuchaba calladito detrás de la puerta.

—¡Los chicos son crueles! ¡Eso ya lo sabés, Arnaldo! Si vas... quizás... en vez de hacerle un bien, lo terminan jodiendo más —le contestó con voz cansada la nona mientras apagaba la luz del velador para irse a dormir.

En puntitas de pie me fui a mi cuarto para que no me escucharan. Yo tenía una sensación extraña, no sabía cómo definirla. Pablo, mi compañerito de primero inferior me había dicho “hijo de puta” y no supe qué responderle. Cuando llegué del cole, mamá no estaba en casa, ella casi nunca estaba en casa. Trabaja mucho, para que yo pueda ir a la escuela. Yo siempre estoy con mi Abu y con la nona que me prepara la leche con pan con manteca y me ayuda con los deberes. Ella me explica las cosas que no entiendo cuando la maestra habla muy rápido o yo me distraigo con alguna mariposa o una vaquita de San Antonio que se apoya en la ventana que da al patio.

Me tapé hasta las orejas, no solo por el frío, siempre tengo miedo por las noches. “Crueles” era una palabra que jamás había escuchado, no sabía por qué mis amigos eran “Crueles”, pensé que debía preguntarle a la seño. Yo sabía que en los diccionarios estaban todas las palabras del mundo y que ahí podía encontrar todos los significados de las cosas. Pero solo hacía unos días que había empezado en el colegio de barrio, había aprendido todas las vocales, los números del uno



al veinte y las letras “M”, “T” y “S”. Tenía mucho que aprender para poder aprender yo solito. Era como que me daban los conocimientos a cuentagotas, como esas gotas que me da mi abuelita cuando tengo fiebre. Creo que esa noche tenía fiebre, le iba a decir a mi nona que no quería ir a la escuela al día siguiente. Mamá no había vuelto a casa esa noche. Muchas noches no vuelve a casa. Escuché que trabajaba en algunos boliches, no sé qué hace. No se qué cosas se puede hacer en un boliche. A mí me gustaría que trabajara en una panadería o tal vez en una farmacia, así podría traerme esas gotas que me hacen bajar la fiebre. El otro día se olvidó el celular. Yo atendí, sabía cómo era la figurita que dibuja con los dedos para desbloquearlo, es igual que una “M” con una rayita abajo. Debe ser por mi nombre, creo... yo me llamo Manuel. Yo ya sabía escribir mi nombre mucho antes de ir a la salita celeste.

El señor estaba enojado, ¡muy furioso! Quería hablar con ella y yo le decía que no estaba, que la llamara más tarde. Él se quejaba porque mami había dejado a un viejo plantado en un hotel. Nunca vi a ella salir con una pala a trabajar, tampoco entendía por qué iba a plantar a un árbol viejo si a ella no le gustan las plantas, tampoco le gustan los animales. Yo siempre le pedía para mi cumple un perrito, pero ella no quiere, dice que es mucho trabajo, que es mucho gasto y que está muy cansada. Yo la entiendo, ella hace todo por mí. Esa noche soñé que estaba en el recreo con los chicos, y nadie me llamaba Manuel, todos me llamaban “hijo de puta” y yo corría por todos lados tratando de esconderme detrás de las maestras y ellas me agarraban de las orejas y señalándome con el dedo me



repetían cantando: “vos sos un hijo de puta”.

A la mañana siguiente mi abuelo me vino a despertar, me dio un beso y me di cuenta de que me había hecho pis en la cama. No me retó esta vez, solo me acompañó al baño para que me diera una ducha. A mí no me gustaba bañarme a la mañana, tenía mucho frío, tanto... que me hacía olvidar de mi mamá.

—Tengo fiebre —le dije a la abuela, mientras me ayudaba a ponerme el guardapolvo blanco.

Ella me miró con desconfianza, me puso la mano en la frente y me dijo:

—Manuelito, Manuelito... Mami me pidió que vayas a la escuela como todos los días, tenés muchas cosas que aprender hoy. Y... aparte... no tenés fiebre.

—¿Y mamá? —le pregunté.

—Está durmiendo... ayer vino tarde —me contestó.

Fuimos a la puerta, me puse a jugar con los autitos que me habían traído los reyes magos. Esperamos al micro naranja que me viene a buscar todos los días. Era un día lindo, a pesar de esa extraña sensación que aún me duraba. Llegamos al cole. Todas las madres de los chicos charlaban como cotorras en la puerta. Entré y todo estaba igual que el día anterior. El padre de Pablo estaba hablando con la señorita. Hacía muchos gestos. Sentí vergüenza, pensé que tal vez el Abu habría llamado a la maestra por lo que me había dicho.

Tocaron el timbre, nos hicieron formar junto a los chicos más grandes y la directora me llamó para que ices la bandera. Cómo me hubiera gustado que mami hubiese estado ahí en ese



momento, o al menos los abuelos, pero estaba ahí, solito, frente a la multitud de chicos y madres, deslizándose la soga suavemente al ritmo de la música que salía de los parlantes. Fuimos a clase. Pablito se sentó a mi lado, como todos los días. Metió la mano en el bolsillo, y me regaló un chocolate de esos que tienen sorpresitas adentro. Yo ya lo había perdonado. Son cosas que dicen los chicos sin pensar. Aprendimos la letra “Z” y la tabla del dos. En el recreo jugamos al Zorro, ¡cómo nos divertimos! Terminó la clase y el chofer que nos viene a buscar para llevar al micro me tomó del hombro y me dijo:

—¡Hoy no te llevo, pibe! Parece que te vienen a buscar.

Tuve miedo, que mi abuelo hubiera venido a pelearse con la maestra. Yo sabía cómo se ponía el Abu cuando se enojaba y le gritaba a mi mamá.

La señorita nos puso en fila y fuimos caminado despacito hacia la puerta. Yo miraba para todos lados confundido. Quería ver quién era el que me había venido a buscar. De pronto siento que me agarran de atrás y mis piernitas quedan en el aire. Me dan vuelta como a un muñeco y el corazón me estalló de alegría. Era mamita.

Me bajan al suelo y veo que a su lado había un señor de traje y corbata. Tenía un gran bigote.

—José Luis, este es mi hermoso hijo Manuel del que tanto te hablé —le dice y él con una gran sonrisa acerca su cara, me da un beso y me pincha con su bigotazo.

Subimos a su auto y fuimos a comer hamburguesas. Estaba feliz. José Luis, era simpático. Me miraba con cariño y hasta me acarició la cabeza un par de veces. Nos llevó a casa,



en ese momento pensé qué bueno sería que ese hombre desconocido fuese mi papá. Así seríamos una familia, como la de Pablito... como todas.

Bajamos del auto y antes de tocar el timbre mami me pidió que cerrara los ojos.

En ese instante se abrió la puerta y apareció el Abu Arnaldo y la nona, con una cajita de cartón. La abrí con la ilusión incalculable del que no espera nada pero lo necesita todo. ¡Era un perrito! ¡Sí! era un perrito que me había regalado José Luis, el amigo de mamá. Lo abracé fuerte y me puse a llorar como una nena.

No podía estar más contento.

Los chicos no son crueles, los chicos son chicos y yo ya no era un hijo de puta

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor



**VENGANZA
SECULAR**

CLARA GONOROWSKY



La pobreza roía sus tripas y el horizonte asomaba oscuro como su desesperanza. Decidió partir. En el puerto, los emigrantes pugnaban por un lugar para escapar de esa Rusia zarista que los mataba de a poquito.

Simón subió a la nave llevando como equipaje la mochila de la esperanza junto a los harapos que lo cubrían.

En la Argentina trató de unirse a un grupo de desamparados como él, huérfanos por elección ya que no sabían si volverían a encontrarse con su familia.

Se cobijó en uno de los doscientos cincuenta conventillos que albergaban a muchos indefensos junto a otros más combativos que se proponían importar su ideario anarquista en un país que apuntaba al progreso. Y entre estos revoltosos estaba Miguel, de ahora en más su hermano del alma.

Inmediatamente adoptó la doctrina de este joven revolucionario decepcionado de su pasado ruso y de las pocas posibilidades de supervivencia que había encontrado en las Argentina.

Se convirtió, así en una fuerza de choque en cuanta manifestación o huelga hubiere.

Y así llegó el fatídico 1° de Mayo en el que a los reclamos habituales se sumaba una huelga de inquilinos, de esos inquilinos de los conventillos que no podían soportar más aumentos. La revuelta tomó una dimensión inusitada y entre corridas y disparos, una bala puso fin a la vida de Miguel.

Simón lo recogió, lo llevó pegado a su pecho y lo depositó



en la cama que compartían. Lo veló toda la noche, lo lloró toda la noche y la mañana lo encontró con una promesa: vengar su muerte.

Pocos días después unos disturbios le brindaron la oportunidad que esperaba.

La rebelión había tomado una fuerza tal que el mismo jefe de policía había decidido ponerse frente a sus hombres para dirigir la represión. Hacia allí se dirigía el vehículo de Ramón Falcón quien, al pasar frente a un agazapado Simón, recibió el impacto de una bomba casera, fabricada por el propio joven. Así moría uno de los hombres más temidos del país por su crueldad.

Simón fue apresado inmediatamente, pero dado que era menor de edad fue liberado. La Argentina, para él, había perdido la capacidad de acogida, con la muerte de Miguel, por segunda vez había quedado sin familia; otra vez optó por el exilio, el destino: España.

Allí se unió a los republicanos e inició una lucha cuerpo a cuerpo contra la dictadura de Franco, pero su vida no se limitó a ser un combatiente, conoció a Dolores quien se convertiría además de compañera de lucha, compañera de la vida, madre de sus hijos.

Con el devenir de los años la salud de Simón se fue minando y debió dejar las armas para tomar otra herramienta, la escritura, una manera diferente de dar batalla.

Lo acompañaba en estas lides Esperanza, su nieta menor quien tenía un amor y admiración especiales por su abuelo.



Al morir este, decidió seguir su derrotero y emigró a Argentina, un país surcado por una grieta que hacía fracasar todo intento de crecimiento, de cambio.

Esperanza se sumó a los grupos piqueteros y cada manifestación la encontró presente y activa. Pero había una idea que anidaba en su mente desde que su héroe, Simón, había cerrado definitivamente sus ojos, quería repetir la hazaña de su abuelo, matar por segunda vez al villano. Era el tributo que le quería dedicar.

Dos días le demandó fabricar el artefacto en un sótano lúgubre de una vivienda en una barriada de calles embarradas, basura desperdigada, poca iluminación y muchos tiros en la noche, sí, dos días.

Era el centenario de la muerte de Ramón Falcón. Se dirigió al cementerio de la Recoleta, se acercó al panteón que resguarda sus restos, levantó la bomba y apretó el botón de la cámara para dejar documentado el momento mientras gritaba: “por vos, abuelo, por vos”.

El estallido fue inmediato, volaron por el aire tres de sus falanges y un hueco en su mejilla daba cuenta de que había perdido medio rostro.

Las fuerzas de seguridad la rodearon inmediatamente.

En el interior de la tumba, las cenizas de Ramón Falcón festejaban su venganza.

CLARA GONOROWSKY

Argentina

Blog: poesiadesdeelsentimiento.blogspot.com



**UN REGALO
IRREPETIBLE
SERGIO ÁVILA R.**

Desde jovencito, Marcello había laborado en los sembradíos de peras, duraznos y manzanas en su natal Venecia —allá, frente al mar Adriático. De su abuelo paterno había aprendido las primeras notas musicales y, a sus treinta y dos años se trasladó a Génova a ganarse la vida, cantando y acompañándose con su guitarra, en las banquetas de los elegantes restaurantes de la Via XII Ottobre.

Tampoco ahí ganaba lo que imaginó y, a los pocos meses decidió trasladarse a Francia a buscar suerte en la agricultura. Remató su equipo y se dirigió a la estación “Brignole”. El tren bordeaba el Mediterráneo pasando por las poblaciones de Savona y de Albenga. Una mujer frizando las siete décadas, de tez alba y expresivos ojos verdes, miró muy discretamente de soslayo al aún joven pelirrojo; luego cerró los ojos y agitó lentamente su cabeza de lado a lado, diciendo para sus adentros: *“Ni se te ocurra esa locura, amiga mía”*.

Sacó un libro de poemas, el *Canzoniere*, de Francesco Petrarca. Recitaba en voz baja, aunque perceptible a los oídos del atento Marcello, quien en ese momento descubrió la dulce voz de Vittoria:

*“No era su andar cosa mortal grosera,
sino hechura de ángel, y sonaba
su voz como no suena voz humana...”*

Después de leer un par de sonetos más, bostezó, dejó caer al piso el poemario y de su cesta tomó un paquete del más fino salami genovés.

—¿Gusta? —le dijo—, ofreciéndole una gruesa



rebanada y una cordial sonrisa.

—Muchas gracias, señora, es usted muy amable.

Marcello, que no había probado bocado devoró con avidez el manjar y, seguidamente tarareó la siguiente estrofa:

*“O sole, o sole mio,
sta nfronte a te,
sta nfronte a te”.*

Vittoria asintió con su rubia cabellera aquella maravillosa facultad del tenor. Ella abrió de nuevo su cesta y descorchó una botella de vino tinto *Lechthaler Pinot Nero*, sirviendo para ambos en unas diminutas copas de plata. El vino tinto enrojeció aún más sus corazones por el contacto pierna-pierna. A duras penas cabían los dos en el asiento de la caderuda mujer. Ella bebía de la copa que Marcello acomodaba en sus labios y viceversa, para inmediatamente después, cínicamente intercambiar boca a boca trocitos de salami. Siguieron los abrazos y besos, hasta que el tren detuvo su andar en la estación “Gare Nice Ville” de Niza.

Empezaba a oscurecer cuando el chofer se estacionó frente a una tienda departamental de las mejores marcas; se apeó Marcello siguiendo instrucciones que le había dado la bella mujer. Le había entregado un rollo de billetes para que comprara ropa elegante, asimismo que pasara a la “Coiffeur et Barbershop”. Mientras tanto la Dulcinea lo estaría esperando en el “Café Napoli”, frente al hotel “Villa la Tour”. Entraron al hotel, cargando la maleta de ella con la izquierda y abrazándola con la derecha llegaron a la administración, firmando como si



fueran “*Mari et femme*”.

Vittoria ordenó que subieran una botella de fino Champán a la habitación mientras se daba un baño de tina aromatizado con violetas. El galán esperaba sobre un sillón estilo Luis XVI. Un enorme candelero de cristal, un sugerente diván, y al fondo la alta cama cubierta con espesos edredones.

“¿Quién será esta mujer, qué intenciones tendrá conmigo? ¿O acaso es un maniéré? ¡Aún me quedan francos, es momento para desaparecer de aquí...!”

—¡Amor, aquí me tienes!

Zapatillas y medias caladas negras, vestido dorado con cuello redondo, y una gargantilla de marfil contrastante con su negra cabellera. Se había retirado la peluca rubia pues no quería ser reconocida por los *paparazzi*; razón por la cual viajaba en segunda clase.

El hombre seguía con la incertidumbre y pasó una mano sobre el sexo de la grandota.

—¡Marcel!, qué prisa llevas, tranquilo.

Y así fue, se quedó tranquilo al comprobar que era toda una mujer. Bailaron unas piezas, entre ellas una hermosa melodía francesa al piano, llamada “La Madelon”: “*Cabarin, se llama el cabaret, / la cantinera es una moza/ llena de fuego y de pasión, / ríe y con todos retoza, / linda es la Madelon...*”

Al rato se despojó el vestido y su brasier lo lanzó al aire. Se escondieron bajo los edredones... Lo que sucedió después



solamente podemos inferirlo: Que ambos pasaron una noche inolvidable, y que Vittoria la nalgona comprobó que “*hormona mata neurona*”.

Desayunaron en una fonda cercana. Ella le pidió disculpas por haber dejado llevar las cosas hasta ese extremo. Marcello trataba de aceptar que todo había sido un inesperado regalo del destino, de esos que producen placer y también mucho sufrimiento.

Llegando a la estación “San Charles” de Marsella se despidieron en el andén, casi en silencio. Vittoria le obsequió su libro de poemas y un beso en la frente. Marcello agachó la cabeza y dio media vuelta. Ella le mintió al decirle que era modista y que viajaba a Marsella a visitar a unas amistades.

Se trataba de la soprano Alba Florenti, que viajó a esa ciudad para cantar el 21 de julio, “Día de San Víctor de Marsella”. Era descendiente de la también soprano Claudia Florenti, quien en unión del tenor Lorenzo Salvi entonaron por vez primera el “Himno Nacional Mexicano”, en el teatro “Santa Anna” de la ciudad de México, aquel muy lejano 15 de septiembre de 1854.

Marcello no encontró trabajo en los sembradíos de vid, y se dirigió a Provenza a laborar en los aromáticos campos de lavanda. Y fue a principios de ese otoño cuando, finalizando su jornada casi anocheciendo, con sus instrumentos de labranza sobre los hombros, regresó al campamento.

Encendió una fogata con el *Canzoniere*. Ya no le importaba seguir conservando el libro pues ya había aprendido



algunos sonetos. Y ante el silencio de esa noche, con
quejumbrosa voz expresó:

“De mí mismo me siento asombrado, /
que siempre avanzo y no sé desunirme /
del yugo que he querido sacudirme, /
y más me acerca estar más apartado...”

SERGIO ÁVILA R.
México





EL MENDIGO
NURIA
DE ESPINOSA

Josué llegó al pueblo durante el amanecer, justo en víspera de Semana Santa. Tal y como requería su cargo se presentó al alcalde y más tarde, a los feligreses. Entonces no imaginaba que su llegada desataría algo maligno que habitaba en la cripta de la parroquia. Su construcción de un estilo barroco le asombró y un precioso pasaje de San Juan Bautista en relieve que decoraba el lateral de la pared derecha del interior de la parroquia.

Josué había permanecido quince años en África de misionero, viviendo en una mísera barraca llena de humedad y penurias desde la que ayudaba a los necesitados y a la vez daba misa los domingos; ya no recordaba el confort, la calidez, ni la paz que transmitía una parroquia. Se sintió azorado.

Un pequeño sonido que provenía del lado de la epístola en la capilla le sacó de sus pensamientos. Inmóvil, agudizó los sentidos, pero no oyó nada. Pensó que era el crujido de la madera vieja.

De nuevo un extraño ruido llegó hasta él, parecía salir de algún lugar del altar.

Permaneció pensativo unos instantes y después decidió marchar de la parroquia y caminar por las calles del pueblo. Al salir, el chirrido de la puerta le sacudió en los oídos como si un látigo lo atizara.

Más tarde, en su nueva casa, una vivienda desde la cual tenía acceso a la sacristía y esta se comunicaba con la parroquia, se preparó la cena y se acostó algo temprano.

Se notaba cansado, agotado, con la cabeza tan cargada que parecía que le iba a reventar; demasiadas emociones para



un solo día, —se dijo.

Durante la noche, Josué soñó que moría, confinado en un abismo de siervos y rehenes donde el maligno golpeaba su espíritu; pero dentro del sueño, tuvo otro sueño; en él alguien pronunciaba su nombre una y otra vez; luego, sudando despertaba sumido entre las sombras de las tinieblas y el fuego del infierno que lo arrastraban hasta el oscuro y frío inframundo; allí era esclavo de unos ojos negros y profundos hundidos en el rostro en llamas de un ser aterrador que le reclamaba.

Un ruido le despertó bañado en sudor. Suspiró. La horrible pesadilla le había dejado un mal sabor de boca. Sintió reproche hacia la imagen de aquel terrible sueño. Se santiguó y pidió perdón a Dios por la jugarreta de su subconsciente.

Asió el candelabro fuertemente con la mano y entró en la sacristía y después en la parroquia, todo parecía normal, excepto un frío gélido que calaba los huesos. Vio una fina línea de arenilla que llegaba hasta el altar; desde allí un pasadizo secreto descendía hasta la profundidad de la cripta. El acceso a la cripta solo era conocido por los párrocos, ya que su secreto era fielmente custodiado por los ediles.

Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Tocó la piedra que cubría la entrada, pero no se movió ni un centímetro.

Decidió que era mejor no aventurarse ya que la madrugada estaba avanzada y volvió a la cama.

Al día siguiente descubrió que durante los años de la posguerra, el párroco había sido capturado, ejecutado y enterrado en la cripta, jurando vengarse de todos. Le pareció



tener la sensación de estar escuchando el murmullo de los gritos del gentío del pueblo.

Acusaron al sacerdote de herejía; de haber hecho un pacto con el diablo y por esa acusación todo el pueblo se volcó en su ejecución de la que no pudo escapar.

Desde el cruel suceso, cuatro décadas atrás, la parroquia había permanecido cerrada hasta unos meses antes. Esta había sido acondicionada por varios monaguillos de Calandria, una aldea cercana donde las gentes del pueblo iban a misa desde entonces, ante su negativa de poner los pies en la parroquia. Se preguntó cómo habría muerto el párroco.

De regreso a la parroquia se cruzó con un mendigo. Se acercó y escudriñó su rostro. Tenía los ojos profundos de un color negro azabache. Percibió algo que no supo explicar, como si una luz saliera de su interior. No supo identificar qué era lo que le atraía de aquel pobre hombre. Lo invitó a comer. El mendigo, de nombre Jorge, le agradeció la invitación, pero se negó en rotundo alegando que el mal habitaba en la parroquia; que allí pasaban cosas extrañas.

—Es peligroso entrar en la parroquia padre. La gente desaparece ahí.

Josué, atónito, no supo qué responder. Quedaron en silencio durante varios minutos en los que se podía cortar el hielo. La revelación le atormentaría el resto del día.

—Pero hombre de Dios, cómo puede decir algo así, seguro que todo es fruto de su imaginación. ¿Desapariciones? Es completamente absurdo. Espero que sus palabras no sean fruto del efecto de las habladurías de los ateos.



—Que sí padre, se lo aseguro, que he visto gente entrar y no salir nunca más. Jamás he puesto oído a las malas lenguas y nunca me he emborrachado. Le aseguro que desde que el otro... (se interrumpió).

Josué decidió no decir nada más. Se quedó un momento parado en el camino observándole y luego continuó.

Más tarde regresó al lugar donde el mendigo descansaba y le entregó un trozo de pan, un poco de queso y la bota de vino, compartiendo con él lo poco que tenía. Charlaron durante un buen rato sin hablar de la parroquia, solo de la gente del pueblo, de los niños, de su futuro y de las misiones del sacerdote durante su estancia en África. A lo lejos se escuchaba el insistente ladrido de un perro. Josué se dio cuenta de que era un devoto de la parroquia, a pesar de negarse a entrar en ella. Pensó que aunque tardase, lograría convencerlo para que evitara ese miedo infundado. Creyó que si conseguía que el hombre entrara en la parroquia, el resto de personas del pueblo también lo harían.

Al atardecer mientras quitaba el polvo a la imagen de Jesús, un ruido llamó su atención. La puerta de la cripta, está vez aparecía abierta. ¿Cómo era posible? Dudó, no obstante, asió un candelabro y bajó las escaleras para penetrar en la oscuridad del lugar.

Descubrió un antiguo confesionario, frío y marchito que aún conservaba las cortinas intactas y varias tumbas. Le extrañó que no hubiese ni una mota de polvo.

Parecía un recodo olvidado del mundo donde el tiempo se había paralizado, como si se hubiera quedado dormido. En



medio de lo que aparentaba ser un altar, encontró lo que parecía un manojo de pelos púbicos. Sintió repugnancia y asco seguido de un escalofrío que recorrió su cuerpo.

Se negó a aceptar lo que su mente le gritaba, era imposible. ¿Un ritual? Entonces vio el brillo opaco de lo que podían ser varios dedos, ya huesudos, completamente deformados con un anillo de diamantes en el dedo corazón.

¡Era una mano, cuyos dedos habían sido cortados por los nudillos! Estaba casi oculta bajo un harapiento trozo de tela. ¿Por qué estaba en el altar?.

Sintió que la cabeza le iba a explotar. Ahí abajo el mundo era frío, tosco, silencioso, como una mueca sarcástica del diablo. Aquel lugar ofrecía a sus ojos una inquieta malignidad. Un pensamiento atacó su mente:

Los orígenes del mal se destapaban como la verdadera causa de Satanás. Le pareció tan aterrador que volvió de nuevo a la parroquia. Al subir de la cripta las náuseas habían invadido su estómago. Pensó que la próxima vez tendría que hacerlo con una antorcha, ya que el candelabro no daba la suficiente luz.

Miró de nuevo la cúpula que lucía en la bóveda del techo, seguía inquietándole sin saber por qué. Aquellas imágenes parecían expresar algo más allá de la bóveda. Como si quisieran avisarle de que algo maligno rondaba en aquel sitio. Sentía cada vez qué las miraba cómo si atrajeran la ira del infierno en un acoso de imágenes inquietantes.

La talla de la Virgen de los desamparados tallada con relieves en los pilares de la parroquia tenía una estructura



profunda. Llegó el domingo y la misa del mediodía. El párroco dirigió su sermón hacia los feligreses y su reticencia en acudir a la parroquia solos. Terminó el sermón diciendo: “Señor, abre la mente de los que me oyen y libéralos del miedo y la sinrazón. Dios, os, guarde. Podéis marchar en paz”.

Josué observaba mientras salían de misa y comprendió qué sus temores eran ciertos. Podía sentir cómo sí algo inquietante acechara desde el altar. Se quitó la sotana blanca que usaba para bendecir la misa y los abalorios; se colocó su hábito de penitente, se colgó el cordón seminario que marcaba sus plegarias y se marchó a dar un paseo por el pueblo. Deseaba conocer mejor a sus feligreses. Durante el paseo vio de nuevo al mendigo y le ofreció que fuese a la hora de la comida. El hombre se puso pálido y se negó en rotundo. Josué no insistió y siguió caminando. En la plaza, los niños jugaban a la “Rachola” cerca de la fuente y las niñas saltaban a la “Comba” mientras sus padres charlaban bebiendo vino en la tasca y los abuelos sentados en los bancos tomaban el sol; las mamás tejían descansando y comentando el día tan caluroso que hacía.

—Buenos días, padre —saludó un hombre que parecía que se dirigía a la tasca.

—A la paz de Dios, —contestó. De pronto se le vino algo a la cabeza y no perdió la ocasión.

—Hijo, ¿puedo hacerte una pregunta que me inquieta y que tal vez tú puedas aclararme?

—Claro que sí padre, pregunte.

—¿En el pueblo ha habido alguna vez algún



desaparecido que tenga relación con la parroquia?

El hombre lo miró incrédulo, por el cambio de expresión en su rostro supo que no iba mal encaminado.

—Mire padre, solo sé, que el mal acecha por esta zona; algunos dicen que quién va solo a la parroquia no regresa. Pero, nadie se ha atrevido a denunciarlo, dicen qué despertarían al maligno. Todo empezó cuando limpiaron la parroquia hace unos meses antes de que usted llegara. Desde aquella primera noche de niebla, tras la limpieza, la fulana del pueblo y un par de clientes entraron en la parroquia para ocultarse del frío de la noche, pero nunca regresaron.

—Pero si la parroquia es un lugar sagrado como pode...

—Por eso padre —cortó— porque si es un sitio sagrado, ¿Dónde están las personas que han desaparecido? Lo siento padre, no puedo decir más.

—Por favor, no me respondas con otra pregunta.

—Quizás ahora ve las cosas de otra manera, —dijo esto último guiñándole el ojo— es un secreto del que nadie se atreve a hablar en voz alta. Prefiero ser ateo a poner los pies en la parroquia.

Josué, se santiguó ante sus palabras y se quedó durante un buen rato inmóvil, perdido en las entrañas de su pensamiento. Siguió su camino convencido de que su obligación era descubrir la verdad o la parroquia estaría desierta durante los días de labranza y al final nadie querría ir ni los domingos a misa. Este lugar guarda algún secreto profundo y oscuro, dijo para sus adentros.

La arboleda del río y los pinares de las laderas de los



páramos que se encontraban al lado del pueblo eran hermosos. Un pequeño puente que aparecía bastante deteriorado por el curso del tiempo, cruzaba el arroyo.

Josué, al girarse, vio que algunos hombres conversaban a la vez que lo miraban y cuchicheaban seguramente sobre él. Los ignoró y siguió su paseo hasta el arroyo. El agua era cristalina. Recordó que desde niño le había encantado escabullirse de los ojos de su madre para tirar piedras en el río que formaban grandes hondonadas. Ahora su cauce apenas arrastraba unos centímetros de agua. Suspiró, ya era mediodía por lo que volvió a su casa junto a la parroquia.

Tras comer un buen trozo de pan con tocino, vino tinto y un huevo frito que le supo a gloria, se comió un plátano y decidió que no le sentaría nada mal una siesta.

Después de la siesta, cogió una brújula y una antorcha y se dirigió a la cripta. Se dijo, que en los últimos años, ya había sido demasiado permisivo y debía averiguar que sucedía. Recordó el instante en el que el clérigo que lo adoctrinaba le insistía:

“No siempre el agua llega a ser clara ni el sol amarillo. Todo puede ser el fruto de la imaginación natural de uno mismo. Nunca te dejes llevar por el qué dirán”.

El tramo de la cripta por el que pasaba era tan estrecho que se movía con dificultad. La tierra que pisaba parecía de la época medieval, por lo abrupta que era. Notó una leve ráfaga de aire y se dirigió al lugar del que parecía provenir. Un oscuro recoveco se abrió ante él. Dudó si adentrarse. Respiró hondo. Decidió seguir. Un fuerte olor le provocó unas ganas enormes



de vomitar que a duras penas logró contener.

Aquello parecía la antecámara del horror. Varias calaveras estaban colocadas sobre lo que parecía un santuario. A su alrededor, el resto de los esqueletos estaban puestos de manera que aparentaban sujetar la piedra donde reposaban.

Necesitó reflexionar un instante. Aquello parecía ser obra del demonio. Era una aberración. Olía a muerte. Discutía interiormente contra sí mismo y la horda de pensamientos que le atravesaban. ¿Cuántas personas estarán enterradas aquí?, —señor dame fuerzas para destruir todo mal, dijo para sus adentros. Temblaba como un crío. Podía percibir que algo malévolo acechaba. Continuó su incursión y encontró una tumba cuyo ataúd estaba semi abierto. Lo abrió del todo. No había sido profanada. Por el contrario, tuvo la sensación de que había sido abierto desde dentro. El esqueleto yacía en la postura en que los bebés están en el vientre materno. La cabeza estaba cubierta por jirones de pelo de color anaranjado, sus uñas eran increíblemente largas y la cavidad de los ojos parecían órbitas. De la boca, la retorcida mandíbula sobresalía de una forma antinatural.

—Pero que burla es esta —farfulló.

Siguió adentrándose en la profundidad de la cripta cuando de pronto apareció el que fuera el antiguo sacerdote. El hombre de larga melena, piel rugosa y ropas harapientas llenas de mugre y polvo se asemejaba más a un demonio que a un ser humano. Sintió pánico. Sus ojos oscuros no dejaban ver sus pupilas.

—¿Has rezado?, —dijo con una voz que parecía salida de



la mismísima tumba— solo los impíos pueden bajar aquí. La soberbia del ser humano es su gran pecado. Nom serviam.

Parecía el cortejo del infierno en aquel recodo oscuro del tiempo olvidado por el mundo donde olía a muerte.

—Has asesinado a varias personas. ¿Por qué?

—Esta gente no merece tu absolución. Los pecadores deben pagar su tributo con la muerte.

—Nadie merece morir —replicó. En aquel momento, lo que parecía medio hombre, medio demonio, alargó su cuerpo, su cabeza se agrandó y del cráneo salieron dos cuernos.

—¿Me reconoces ahora, impío? —el verdadero demonio se presentaba con su verdadera voz.

Sintió que había cometido un error. Empezó a rezar pidiendo perdón a Dios por su error. De pronto la voz del antiguo párroco se mostró.

—Ellos me ocultaron aquí adentro, pero yo había hecho un pacto con Satanás; solo le quité el anillo a un muerto que no lo necesitaba; un conde que durante su vida se aprovechó de la gente del pueblo. Él sí era mala persona. Lo robé para dar de comer a los pobres y ellos me enterraron vivo. Sus hijos son las víctimas y ahora tú serás el siguiente. La parroquia me pertenece.

—Pasó hace tiempo, no puedes culparles.

La actitud arrogante del demonio se palpaba en el interior de lo que un día fue un ser humano. De pronto aquel ser lo cogió del brazo lanzándolo contra la pared; un quejido salió de su boca. Sus huesos crujieron. Gritó de dolor. Josué cerró los ojos, le costaba respirar y creyó que era el fin.



—Rápido, hay que salir de aquí, —dijo alguien tras él.

El demonio agarró al mendigo de la cabeza golpeándole contra el suelo. Josué, supuso que lo había matado. Asió la cruz que colgaba de su cuello y se levantó con dificultad. El demonio en el que se había convertido el sacerdote se giró hacia él y justo cuando lo agarró el mendigo lo atacó clavándole un cedro en el cuello. El demoníaco ser cayó contra el suelo, rápido como un rayo le clavó una cruz en el corazón.

Entonces el mendigo tiró del sacerdote con todas sus fuerzas. Josué, sentía dolor, las garras del demonio le habían hecho heridas profundas en la piel.

Jorge, el mendigo al que tantas veces había dado de comer llevaba una cruz al cuello.

—Entré a la parroquia, al no verlo y ver la cripta supe que estaba usted aquí. Hay que impedir que nadie más entre, para que nunca más pueda salir de este lugar. La cruz lo retendrá el tiempo suficiente para sellar la entrada con agua bendita y clavar una cruz en la piedra.

Josue lo miró aturdido por culpa de sus heridas. ¿Cómo había entrado hasta allí, si solo él sabía dónde estaba la cripta? No tenía tiempo para pensar. Se agarró al mendigo hasta salir de la cripta. Un horrible chillido anunció que aquel ser, llegado desde el mismísimo infierno para vengarse, se acercaba. Pusieron la piedra que ocultaba la entrada y la bloquearon cubriéndola con cruces, después Josue la bendijo.

El demonio golpeó la entrada de la cripta sin conseguir abrirla. Finalmente, el alarido dejó de oírse.

Sé sentó un momento en uno de los bancos de la



parroquia, el brazo le abrasaba. Al mirar al mendigo, este sonrió extrañamente.

—Mi trabajo en la tierra ha terminado, la luz del descanso eterno reclama mi cuerpo —señaló.

Josué lo miró perplejo.

—¿Cómo? —balbuceó.

Una luz que salía de la capilla alumbró la estancia atravesando al hombre que desapareció entre diminutas ráfagas de luz. Una extraña paz se apoderó de Josué. Su brazo se curó al instante. Se santiguó. Respiró, las imágenes sobre la lucha entre ángeles y demonios, mostraban un coro de ángeles tocando el arpa. En ese instante tuvo la certeza de lo que suponía había sido un verdadero milagro.

¡Cuanto poder tiene el cielo sobre el infierno! Pensó.

Días después, un rayo misterioso atravesó el cielo. Las blancas estrellas brillaron con fuerza entre las nubes. Ese día durante la aurora supo que la paz gobernaría para siempre en el pueblo; hizo una misa por los difuntos que aquella cosa había matado, por fin los feligreses llenaban de nuevo la parroquia, agradeció a Dios su ayuda y su confianza. La paz reinó para siempre en el pueblo, pues cuando un párroco era llamado a los brazos de Dios, se le entregaba un pergamino que contenía las instrucciones y el motivo por el que jamás debía abrirse la cripta.

NURIA DE ESPINOSA

España

Blog : <https://escritoranuriadeespinosa.blogspot.com>



MELODÍAS MACABRAS

CRISTIAN LEONEL
GONZÁLEZ



Por las noches, le era imposible conciliar el sueño. Daba vueltas debajo de sus sábanas, intentando ingresar al mundo onírico. Sin embargo, cuando las microsiestas lo invadían durante el día, podía vislumbrar un paisaje lleno de horror. La oscuridad del sitio era acompañada por música, lograba generar un clima perturbador.

¿De dónde provenían esas melodías que hacían erizar su piel? ¿Acaso eran parte de una realidad que intentaba alejar?

No comprendía porque aquellos acordes lo atormentaban y generaban miedo; aunque estaba seguro de conocer las notas que sonaban sin cesar. La lluvia se hizo presente, dejando entrar la humedad del verano en su cuarto. Comenzó a transpirar y en pocos segundos, su cama se empapo de sudor. Se levantó y fue hasta la pequeña ventana que daba hacia la calle. Fuera, se hacía presente un diluvio como jamás había visto. La penumbra de la noche no dejaba ver más allá de escasos metros.

Le agradaba la poca visibilidad. Abrió la ventana, recibiendo una brisa fresca que lo hizo estremecer. Inhaló una gran bocanada de aire y luego apoyó sus manos sobre el marco. Asomó la cabeza y la dejó bajo la lluvia durante unos instantes. Las gotas frías recorrían su pelo y continuaban por su espalda. Se sentía extraño, como si realmente no estuviera en el plano de la realidad. Un trueno hizo retumbar los cimientos de la vivienda y detrás del escándalo ocasionado por el clima, comenzó a sonar una melodía. Se paralizó. La reconocía. Era la misma que oía en sus letargos. ¿De dónde



provenía?

La intensidad de la música aumentó, hasta hacerlo quedar preso de su ritmo.

Salió de su cuarto como si estuviera hipnotizado; siguió el rastro rítmico hasta la planta baja y fue ahí, cuando descubrió un piano de cola en el centro del living. Nadie lo tocaba, pero las melodías no dejaban de sonar. Dio unos pasos temblorosos y la tapa cayó sobre las teclas, haciendo cesar el sonido. Otra vez el clima del exterior era lo único que sonaba. Los pequeños relámpagos iluminaban parcialmente el ambiente. Tomó asiento. Limpió con sus manos el sudor de su frente y, cuando estaba a punto de comenzar a tocar, la música volvió a sonar. Las teclas se movían velozmente. Un fuerte hedor impregnó el sitio, envolviéndolo por completo. Tuvo que taparse la nariz; intentando aislar la pestilencia. No sirvió de nada. Mientras la canción continuaba, la cola del piano empezó a abrirse, liberando un líquido carmesí del interior. Lo miró asombrado, pero sin miedo y eso le resultaba extraño. Observó el interior y halló un cuerpo destrozado. Quien yacía dentro era él mismo. Y mientras la sinfonía volvía a sonar, comenzó a elevarse. Pudo ver como se esparcía la sangre de su cuerpo despedazado antes de desaparecer por completo.

CRISTIAN LEONEL GONZÁLEZ

Argentina

Instagram: [@CristianLeonelGonzalez88](https://www.instagram.com/CristianLeonelGonzalez88)





Y EL ABISMO VIO DENTRO DE MÍ

DAMARIS
GASSÓN PACHECO

Prefiero estar en la cárcel, es más seguro. Hasta el momento, las demás reclusas me han dejado en paz porque desconocen la naturaleza de mis crímenes y porque, en cierta forma, he sido marcada por ellos. Basta con que vean el tatuaje que llevo sobre mi hombro izquierdo para que automáticamente volteen hacia otro lado con miedo e incluso con repugnancia. Sí, por parte de mujeres que pueden considerarse las más duras de la sociedad; incluso ellas se sienten amedrentadas instintivamente por un símbolo que hasta hace poco yo tampoco entendía.

Yo trabajaba para un orfanato religioso como psicopedagoga, lo soy de profesión y hasta cierto punto ejercí mi carrera. Pero en realidad, formaba parte de una gran red de prostitución y trata de niños. Claro que entiendo de pedofilia y de pederastia, sabía lo que estaba haciendo, lo monstruoso que era, pasé muchas noches en vela pensando, con el peso de la conciencia cada vez más acuciante, más apremiante, hasta que el poder del dinero empezó a borrar la moralidad que en mí pudiera existir. Cuantas más cosas compraba, cuanto mejor comía o me divertía, más palidecían las recriminaciones internas y mejor dormía. Los trastornos y traumas de los niños abusados y vejados pasaron a ser un “daño colateral”, nada como despersonalizar al sujeto que analizas para que la insensibilidad te forre entera. Si aprendes a compartimentar, puedes funcionar de modo normal en el resto de los aspectos



de tu vida que no forman parte de lo que sabes puede generar conflictos.

Yo no grababa a los niños teniendo sexo con adultos, ni iba a las fiestas en donde eran abusados. Tan solo me encargaba de tratarlos, de convencerlos de que, si hablaban, serían repudiados por Dios y por los curas que los alimentaban y vestían, así como ya lo habían sido por sus padres. Que por alguna razón habían sido abandonados y que, por ese defecto, debían hacer lo que les pedían sin quejarse ni llorar. Mi método era más efectivo que el de las monjas, no dejaba huellas de maltrato físico y los niños se mostraban dóciles ante los inspectores de seguridad social, mientras que el dinero entraba a paladas.

El símbolo o sigilo, como en realidad se llama, lo vi por primera vez tatuado en la espalda de uno de los niños. El más bello de todos, el mejor portado: Miguel. Un niño que tenía rostro y voz de ángel. Por alguna extraña razón no se desarrollaba de acuerdo a su edad, pero he de decir que su belleza era sobrecogedora, casi etérea y por tal motivo, era el más requerido para las fiestas. Aunque he de decir también que, por su gran valor y demanda, los curas lo cuidaban con especial celo, solo podían copular con él los que pagaran mucho dinero, sus cualidades vocales eran tanto o más requeridas que las sexuales y solía amenizar las fiestas con cantos gregorianos para deleite de los invitados.

Aparte de su obvio valor, me solicitaron que pusiera especial cuidado en él debido a su aparente normalidad. No hay que ser un genio para saber que cualquier niño sometido a



este tipo de actividades por fuerza debe estar trastornado, no así Miguel. Retraído sin ser autista, Miguel parecía vivir en un mundo aparte. Hablaba solo si se le requería y esa cualidad empezó a llamar mi atención.

Empecé a hablar con él a diario. Al principio me contestaba con monosílabos o solo me miraba, hasta que después de un aparente diálogo interior se decidió a hablar en serio:

—Parece que usted ha empezado a sentir interés en mí, ¿no es así?— Me preguntó.

—Pues sí, no he de negarlo, más interés me causa esta apertura, esta disposición tuya a hablar, y en un lenguaje bastante adulto.

—Soy más viejo de lo que imagina Laura ¿Le puedo llamar así?, ¿por su nombre de pila?

—Es inusual pero sí... claro

—Muy bien, voy a tener una serie de entrevistas con usted, no porque usted o los que dirigen este antro lo quieran, sino porque me viene en gana. Pero de a poco, primero le enseñaré lo que tengo en la espalda. Aparece a voluntad, por eso nadie lo ha visto, a menos que yo quiera.

Y me mostró lo que parecía un símbolo arcano, una especie de muñeco con un tridente. Este tatuaje, más que pintado, parecía estar formado por tejido cicatricial pero, mientras me lo enseñaba, desapareció tan rápido como había aparecido. Me dijo que seguiríamos hablando, y lo hicimos, por Dios que lo hicimos.



II

Lo primero que me dijo Miguel es que era la encarnación de un demonio llamado Purson, que tenía miles de años vagando por el mundo e incitando la lujuria en los pedófilos, pero los que lo sodomizaban siempre contraían una enfermedad en los genitales que los terminaba matando:

—Si los viejos inmundos hablaran entre sí, se darían cuenta que existe una relación en lo que les está pasando. Esa relación soy yo, solo que como lo que contraen por lo general no es infeccioso, no establecen la conexión.

Cáncer testicular, gangrena de escroto, vasculitis testicular... Son múltiples las formas en que este niño les hace pagar a través del instrumento de su pecado. Me dijo que los demonios no son los promotores de la maldad, la maldad es innata en el ser humano, lo único que ellos hacen es explotar la veta de maldad que consiguen, a fin de pudrir enteramente el alma.

—Fíjate bien, esos que tú llamas Adán y Eva fueron reales. Fueron homínidos y su pecado consistió en devorar el cerebro de un congénere que habían asesinado y sin saberlo, sus cerebros empezaron a evolucionar debido al alto contenido de fósforo que consumieron. Hacer del canibalismo un hábito dio paso a la evolución y la evolución dio paso al conocimiento del bien y del mal. Eva debería llamarse Lucy, de hecho.

Me explicó que son múltiples los seres espirituales y que las religiones tienen razón y al mismo tiempo no la tienen. La complejidad de la dimensión espiritual es tal que no puede ser



captada por un rudimentario cerebro humano. Pero el que sea incomprensible no la hace inexistente:

—Ustedes se engañan de dos formas; la primera en pensar que la maldad espiritual no existe, por lo que le atribuyen el holocausto nazi a una sola persona, o pensar que sí existe, y atribuirle toda la culpa a algo externo a ustedes mismos, despojándose así de toda responsabilidad por sus actos.

—Si yo te explicara, por dar un ejemplo, cómo un viejo de éstos me separa las nalgas, me penetra, me desgarrar, el dolor que eso causa, el asco y la vergüenza que cualquier niño sentiría, te revolcarías de repugnancia. Pero prefieres no pensar en ello, hacer de estos niños una mercancía, un objeto, ignorarlos. Tan inmunda como los curas y las monjas que dirigen este lugar y dicen actuar en nombre de Dios, ni te imaginas lo que les espera.

Me explicó también que son varios, que en todos los orfanatos corruptos hay uno de ellos y que al fin tienen el permiso de devorar las almas de los pederastas.

—Por siglos hemos vagado cobrando venganza por los inocentes. ¡Sí! Nosotros los demonios, porque en realidad somos cobradores, no promotores. Pero llegó la hora de pasar a otro nivel, de ir más allá. Verás, el tiempo se acaba, estamos a las puertas del fin de los tiempos. Te escogí porque hay en ti una cualidad dual que me atrae, que me impulsa a protegerte y a la larga me servirás, como lo hicieron en otros tiempos las brujas, nuestras queridas esposas.



III

Así que por eso estoy aquí. Se supo lo del orfanato y lo del tráfico de menores. Por influencia de Miguel realicé denuncias anónimas y fiestas ficticias en las que fueron capturados los pederastas, lo que a su vez denunciaron a los curas del orfanato. Miguel se llevó mi teléfono consigo y grabó para mí la forma en la que irrumpió la policía en la fiesta, la manera como agarraron a los invitados desnudos y solo utilizando máscaras de animales. Las caras expuestas de importantes políticos, millonarios, jueces y demás fauna. Qué diferentes se ven estos personajes cuando están esposados, humillados y con los genitales colgando flácidamente.

Me conmovió hasta las lágrimas ver a Miguel cantando el Ave María antes de que empezara la redada. Sé que es un demonio, pero la paradoja entre la inmundicia que lo rodeaba y su aparente pureza tocaron una fibra sensible en mí. También denuncié las actividades ilícitas de otros orfanatos con la ayuda de los hermanos de Miguel, las mismas imágenes por parte de otros hermosos niños y otros patéticos seres humanos demasiado imbuidos de poder.

La mayor parte de los curas y las monjas se suicidaron y los que no, fuimos llevados a prisión. Pese a mi directa colaboración, la gravedad de mis crímenes solo permitió la disminución de la pena, no la conmutación de ella. A veces veo el sigilo tatuado en mi brazo y me pregunto si Miguel cumplirá su promesa o si no era más que el delirio de un enano esquizofrénico, pero pareciera no ser así, tal parece que no.



Empezó una epidemia de coronavirus llamada COVID-19, de gran semejanza con la influenza, altamente contagiosa y en apariencia con una baja tasa de mortalidad. Pero transcurridos dos años de parálisis mundial el virus mutó y se hizo gravemente mortal. Estoy pasando hambre, ya que la mayor parte de la población penal y de vigilancia han fallecido y yo sigo encerrada aquí. Apenas sobrevivo con agua del retrete, pero con todo y eso, tengo más miedo a que me busquen que a morir.

Escucho unos pasos por el pasillo y mi sigilo ha empezado a arder. Sí, es Miguel hecho un hombre y luciendo un par de alas negras. Abrió la puerta de mi celda y con la mano tendida hacia mí me dijo: —Ven esposa mía. Tanto tiempo viste el abismo que el abismo vio dentro de ti y te halló impura y perfecta. La oscuridad nos espera y mi promesa ha de durar una eternidad.

DAMARIS GASSÓN PACHECO

Venezuela

Twitter: La Dama [@damarisgasson](https://twitter.com/damarisgasson)



LAS LECHUZAS ENTROMETIDAS

CARMEN TOMAS

Por extraño que parezca las tres lechuzas se encontraban tan ricamente en la playa bajo la sombra de un parasol, con sus enormes ojos, sus cabezas giratorias, sus picos ganchudos y sus plumas color marrón. No me hubiese acercado a ellas de no saber con certeza que una era mi madre. Cuando me aproximé lo suficiente se deshicieron del aspecto de lechuza y se camuflaron como mejor se les antojó, tres señoras en bañador que juntas podían sumar tranquilamente unos doscientos años.

—¿Qué estáis tramando?

—¿Qué dices, hijo?

—Nada, nada, buenos días. —Me miraron sonrientes y me devolvieron el saludo. Se las veía contentas, de un humor excelente diría yo. Me preocupé al instante, la última vez que las ví reunidas tuvieron que exiliarse.

—¿Qué os ha traído a mi playa?

—Pues qué va a ser hijo, las ganas de verte, además, esta brisa marina tan estupenda es una delicia.

—Sí, ahora me diréis que vais a daros un bañito.

—Que ocurrencias tienes hijo.

Me sumé al corrillo para ver si conseguía averiguar el verdadero propósito de la visita, que se hubiesen alejado tanto de su hábitat natural resultaba demasiado sospechoso. Estuvimos un rato charlando y aunque los temas de conversación parecían inofensivos era evidente que planeaban algo. Aunque su compañía me resultaba muy agradable me mantuve alerta por si en algún momento decían o hacían algo



que las delatara. Cómo la mañana se nos iba echando encima y no conseguía mi objetivo decidí abordarlas.

—Es un placer disfrutar de vuestra compañía pero me estoy preguntando hace rato sobre el auténtico motivo de vuestro viaje, seríais tan amables de compartirlo conmigo.

—Que suspicaz eres, acaso no le está permitido a una madre visitar a su hijo. Que seas el resultado de mi aventura con una gaviota no impide que te quiera exactamente igual que al resto de tus hermanas y hermanos. Ser tan diferente y exótico te hace muy especial para mi.

—No lo pongo en duda mamá, sé que no eres nada convencional, de hecho es precisamente tu gusto por cambiar las convenciones lo que me preocupa ¿No podrías dejar las cosas tal y como están?

—No cabe duda de que toda la carga genética la recibiste de tu padre. Volar alto, ser libre, vivir y dejar vivir, pues mira no, yo si puedo intervenir en una situación abusiva lo hago y punto-

—Con consecuencias nefastas te recuerdo.

—Según como se mire hijo.

—Mamá, qué obsesión tienes con los nietos de los simios, déjalos evolucionar por sí mismos, no les ayudes tanto que luego ya sabes lo que les pasa.

—Supongo que te refieres al último conflicto. Fueron daños colaterales, reconoce que avanzaron una barbaridad: la jornada laboral de ocho horas, el descanso semanal, las vacaciones pagadas, los derechos de las mujeres.



—Me refiero a ese enfrentamiento y a todos los demás ¿Es que no eres consciente de que la lías parda cada vez que los induces a mejorar?

—Solo cuando las ranas críen pelo serán capaces de conseguirlo sin nosotras. Bueno cariño, deja ya de preocuparte, cómo tengo que decirte que he venido a verte y a disfrutar con mis amigas de esta playa.

—Está bien, mamá. ¿Y qué, qué habéis podido atisbar con vuestros ojos de lechuza estos días?

—Algo muy triste, en tu playa los descendientes de los simios están muy atrasados, lo que pasa entre muchas de las parejas de jubilados es vergonzoso. Te habrás percatado.

—No sé. ¿Qué les ocurre a las parejas de jubilados?

—Es que no te fijas, vuelas tan alto que te pierdes los detalles. Pues que son ellas las que se ocupan de todo mientras ellos se pasan el día tumbados a la bartola. Las pobres no paran desde que se levantan, son las que limpian, las que cocinan, las que van a comprar y encima no las dejan dar su opinión, es indignante, las tratan como si fueran sus esclavas. Supongo que como ya están mayores en la cama las dejarán tranquilas, claro que igual hasta ahí las obligan a contentarlos, no nos atrevemos a mirarlos en la intimidad, la verdad.

—Me extraña.

—Hijo, no me faltes el respeto, nos conoces perfectamente, las lechuzas no somos cotillas, solo muy observadoras.

—Sí, mamá, perdona.



—No pasa nada cariño, no es culpa tuya, se me olvida que eres más gaviota que lechuza.

¿Ves aquella señora del bañador azul de ahí delante? ayer la invitamos a dar una vuelta con nosotras y nos dijo que le encantaría pero que se le había hecho tarde, su marido quería la mesa puesta a las dos en punto. Le hemos apodado el cronometro, ella le sirve a la hora que él marca. Es intolerable.

—Es su vida mamá, ella sabrá.

—Eso es lo malo, no sabe que la han engañado desde pequeña, que la han educado para obedecer y cuidar de los demás, sobretodo de su marido, cree que es su obligación, incluso ahora que los dos están jubilados y disponen del mismo tiempo libre. Si vieses lo déspota que es, cómo le habla. La han manipulado, la han programado y se ha tragado el cuento. Estaría infinitamente mejor sola.

—Mamá que te veo venir.

—Chicas, ya se levanta, aprovechemos que va a comprarle un refresco al cronómetro.

Las tres lechuzas volaron veloces hasta la señora en cuestión con su camuflaje de bañistas entradas en años. Vi como la rodeaban y fijaban sus ojos hipnóticos en los de la incauta, como esta entraba en trance y absorbía los mensajes que le iban lanzando con voces sugestivas. No quise presenciar más, me largué en dirección al oceano. Meses más tarde leí en el titular de un periódico que alguien había tirado en la playa: Inexplicable oleada de demandas de divorcios entre mayores de sesenta y cinco años. Una vez más me alegré de que mi madre y sus amigas fuesen unas lechuzas tan entrometidas.



CARMEN TOMAS
España





**EL NIÑO QUE
QUERÍA VER A
SANTA
CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR ROSAS**

Luis deseaba mucho ver a Santa Claus. Algunos niños de su colegio comentaban que ese hombre rechoncho, vestido de rojo y blanco, bigotón y dueño de una espesa barba cana, era quien traía los regalos de navidad. A sus seis años, Luis empezaba a dudar de que aquello fuera cierto, sobre todo porque un profesor decía que no existía Santa Claus, que era una mentira, una fantasía en la que los infantes no debían creer. Hubo compañeros de Luis que también denotaban tal escepticismo pues sus padres, hermanos mayores y otros familiares les habían asegurado que Santa Claus era una mera invención de la sociedad. El pequeño intentaba creer, pero ¿y si fuese falso? ¿Si fuera verdad que son los papás quienes compran los juguetes cada año y los dejan al costado del árbol navideño para que yo los abra al despertarme? Luis se obsesionó con las historias de Navidad, empezó a leer algunos relatos al respecto, a informarse acerca de Santa Claus, o Papa Noel, como lo llamaban sus hermanos mayores, Katia y Raúl. ¿Por qué me engañarían mis papás? Papa Noel sí existe, debe existir, ¿por qué no habría de ser real? Su padre le aseguraba que Santa sí era de verdad, que no se preocupara, que debía ser un niño bueno durante todo el año, que tenía que mandar su carta a Santa Claus, especificando allí el regalo que quisiese; eso sí, no se valía pedir cosas imposibles, había de ser realista, estaba bien un juguete, no muy caro, aunque Santa podría enviarle hasta dos obsequios, si es que no eran demasiado ambiciosos.

«Hay que pensar en los demás niños del mundo, Luisito».



Su madre también le decía que Papa Noel era real, y le contó cierta historia, la cual inspiró al pequeño, quien actuó de inmediato; envió una pregunta al periódico más importante de Perú, a la sección «Cartas infantiles». La pregunta era: «¿Papa Noel existe?»; según su madre, si esos señores que lo sabían todo, o casi todo, respondían que sí, entonces el infante podía creérselo. «Porque los diarios no mienten, Luis, no pueden engañar a los ciudadanos, eso no está permitido. Confía en ellos. La respuesta que te den será cierta».

Una semana antes del 24 de diciembre contestaron: «Sí, Luis, Papa Noel existe». El niño se puso muy contento, les contó a todos sus amigos del colegio que un grupo de adultos inteligentes del diario más importante del país le habían respondido que Papa Noel era real.

—Sin embargo, nadie puede verlo —dijo uno de los escolares con tristeza.

—¿Si existe, entonces por qué nadie puede verlo? —preguntó otro compañero.

—Porque realiza su trabajo rapidísimo —respondió Luis—; viaja por el mundo, llega montando su trineo, acompañado de sus renos, desciende por la chimenea y deja los regalos. No quiere que nadie lo mire para que no entorpezcan su labor.

Enseguida Luis pensó, preocupado, que su casa no tenía chimenea.

En el recreo, Mara, una compañera del niño, se le acercó y le dijo que no era cierto aquello de que nadie podía ver a Santa Claus. La chiquilla añadió con un tono susurrante:



—Mi papá me contó que lo vio una vez, cuando tenía nuestra edad, lo que pasa es que uno debe creer en él, entonces lo mirará. Tú también puedes verlo, si en verdad lo deseas.

—¿Tú lo has visto, Mara?

—No, todavía no, pero voy a creer en Papa Noel con todas mis fuerzas, entonces lo veré.

—Voy a creer en esta Navidad y podré mirar a Papa Noel, y lo felicitaré por la gran labor que hace en el mundo, por darles cada año juguetes a los niños.

—No solo son los obsequios, Luis. Santa lleva paz y armonía a los hogares.

—Es cierto, la Navidad no es solo dar y recibir, es compartir, es estar con quienes amamos. Muchas gracias, Mara. Tengo tantas cosas que agradecerle a Santa Claus...

Al terminar las clases, cuando su madre lo fue a recoger, Luis estaba rebotando de alegría. Faltaban pocos días para la Nochebuena, ya había mandado su carta a Santa Claus, un carro a control remoto y un muñeco de Batman, dos cosas no muy caras, pero que le harán muy feliz. El pequeño no cesaba en su búsqueda de información sobre la Navidad, leyó algo que le preocupó en un texto religioso que a su padre le habían prestado un día antes, el escrito negaba la existencia de Papa Noel, allí se señalaba que cada año en el planeta muchos niños morían de hambre y que en varios rincones del mundo había infantes que no recibirían regalos, que ni siquiera tendrían una cena navideña. Luis se inquietó, ¿acaso Papa Noel no visita a esos niños? Dejar obsequios en todos los lugares de la Tierra



ha de ser muy complicado, hay lugares a donde Santa aún no ha podido llegar, estoy seguro de que esta Navidad todos los niños tendrán un regalo, espero que Santa Claus no se olvide de nadie, no me gustaría recibir un juguete mientras hay quienes no tendrán ni un plato de comida. ¿Si le escribo otra carta a Santa pidiéndole que, por favor, haga lo posible por visitar todos los hogares del mundo? ¿Si le digo que ya no me traiga mis dos obsequios y se los dé a alguien más? No, mejor no. Pero cuando crezca, ayudaré a los otros niños. Juro que lo haré.

Restaban solo un par de días para la Navidad, sus padres y sus hermanos se encontraban de excelente humor. Cenarían temprano, luego Luis podría reventar algunos cohetes con Raúl en el parque de enfrente. Después tendría que acostarse, aunque sería la primera vez en su vida que podría quedarse en Nochebuena hasta un poco antes de las diez de la noche.

Faltaba poco, ese día era lunes 22 de diciembre. Esa noche una idea comenzó a cocinarse en la mente de Luis, era un poco osada. Decidió pensarlo mejor al siguiente día.

El martes diseñó su plan, aunque durante el día estuvo dudando de si ponerlo o no en práctica. Su familia estaba muy emocionada por la proximidad de la fiesta navideña. En aquella época se creaba cierta magia en algunas personas, sus padres y hermanos no eran la excepción; Luis no quería arruinar tan gratos momentos con una travesura. Se mantuvo muy cauto y no mostró sus intenciones. Esa noche, en su cama, a punto de



dormir, decidió que sí lo haría, que en la Nochebuena fingiría pernoctar y esperaría despierto a Santa Claus.

Es 24 de diciembre, todo sale de maravilla, Luis ha ayudado a su hermana a rellenar el pavo antes de que su madre lo metiese al horno. Ha cenado en familia, ha escuchado villancicos, ha hecho estallar algunos cohetes que crearon luces maravillosas, y se ha ido a la cama casi las diez de la noche, su hora límite; pero no duerme, quiere mantenerse despierto, es la única manera de lograr su cometido. Su hermana tiene una salida a la playa al día siguiente, temprano, y se va a dormir. Su hermano se va a su cuarto, a ver una película de terror, relacionada con Navidad. Sus padres salen, a una fiesta en la casa de unos vecinos.

Ya casi va a ser la medianoche, Luis se ha mantenido despierto, con sigilo se levanta de su cama y en calcetines camina por el pasillo del segundo piso. Observa con cuidado los alrededores: su hermana duerme, su hermano también, ronca con su televisor encendido a escaso volumen. El niño baja las escaleras con lentitud, la oscuridad no le permite observar con claridad, pero distingue a una persona junto al árbol navideño. El corazón de Luis late fuerte. Es un hombre grande, gordo, vestido de rojo y blanco, ¡es Santa Claus! El infante quiere tocarle la espalda, hablarle, aunque primero ha de prender la luz y, justo antes de hacerlo, se da cuenta de que el personaje no está dejando regalos junto al nacimiento del Niño Jesús. El hombre está robando objetos de la casa, no, no puede ser Santa, él no haría eso. Luis intenta encender la luz,



mas esta no funciona. El sujeto se ha percatado de la presencia del chiquillo, se acerca a este. Su rostro es el de Santa, es igual a él; no obstante, su cara se deforma, sus ojos, su nariz, sus orejas crecen, su boca refleja una hilera de colmillos. «Qué bonitos», dice con una voz gutural, y clava sus garras en la cara del niño.

Sus padres llegaron a las tres de la madrugada, se reían, estaban algo bebidos. Caminaron a trompicones y encendieron la luz de la sala. Ambos gritaron cuando lo vieron, sentado en medio de la estancia. Luis se hallaba con la piyama manchada de sangre, no tenía nariz, orejas, dientes ni lengua, las heridas parecían haber sido cauterizadas en cuanto se produjeron; sus ojos, anormalmente abiertos, reflejaban un horror imposible de describir

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS

Perú

Blogs: <https://el-muqui.blogspot.com/> - <http://babelicus.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>

Instagram: https://www.instagram.com/carlos_enrique_saldivar/





EL EFRIT Y

EL SULTÁN

J. R. SPINOZA

Malek Al-Ghaniun, así era como el pueblo de Sassán se refería al sultán más rico que hubiera gobernado la región. Algunos decían que fue bendecido por Alah y que todo lo que sus manos tocaban se convertía en oro. Otros estaban convencidos de que era un poderoso mago, un hechicero que usaba la magia para atraer riqueza y prosperidad. No había ciudad más rica en el mundo, con fuentes construidas de oro macizo, una docena de palacios que juntos formaban un colosal castillo, el cual superaba a las nubes en altura. Tenía centenas de elefantes, miles de caballos y camellos; y su harem constaba de trescientas jovencitas, todas hermosas y menores de veinticinco.

La fortuna del sultán se debía a su encuentro con un efrít. Un ser longevo y poderoso, que había tenido la mala suerte de ser sellado en una vasija. Como esclavo, estaba obligado a cumplir los deseos de su amo, lo cual no le desagradaba, sabía que con cada amo que tuviese el sello se desgastaría y, eventualmente, podría ser libre de nuevo.

—¿Cuál es su deseo hoy, mi amo?

—Te he dicho que no me hagas preguntas en público, mis súbditos pensarán que estoy loco.

—Oh, puede que piensen que habla con su dios, se dicen muchas cosas de usted últimamente.

—No tengo humor para tus comentarios, permanece callado, esclavo.

El humano conocido como Malek, que alguna vez había sido Visir del Sultán Al-Yassir —quién murió de un ataque al



corazón, y de quién se descubrió, había dejado en su testamento sus bienes y el trono a su querido Visir, en lugar de a sus hijos— regía sobre Sassán desde hacía tres años, en los cuáles había gastado ya ciento diez deseos. El efrit, quien llevaba la cuenta, había notado cierto patrón en la cantidad de deseos pedidos. Los primeros ochenta deseos los pidió el primer año, de los cuáles cuarenta fueron solicitados la primera semana. Al paso que iba, quizá debería vivir novecientos años para poder gastarse todos los deseos. Eso molestaba al efrit, y la ira para con su amo era cada día más difícil de ocultar. Diario le formulaba la misma pregunta: ¿Qué vas a desear hoy?

—Tengo todo lo que quiero —decía el Sultán, quien se negaba a desperdiciar deseos en cosas que podía comprar con su fortuna.

Esto llevaba meses. Hasta que un día, Nadir, jefe de la guardia real, llevó una hermosa jovencita, extranjera, con pecas en la cara y el cabello rojo como el fuego. Era diferente a todas las mujeres que había visto Malek. Pero no era suya.

Era una costumbre de los enamorados, ir donde el sultán Al-Ghaniun a pedir su bendición antes de contraer nupcias. Nadir, fiel a la tradición, se la presentó a Malek, hombre al que admiraba, a quién había servido por diez años, desde que era Visir.

—Deseo que se enamore de mí.

—Yo no puedo crear el amor, te lo he dicho, amo.

—¡Por Alah!, llevas semanas preguntándome por mi nuevo deseo y cuando te lo digo, no quieres cumplirlo.



—Hay algo que puedo hacer.

—Te escucho —dijo el sultán acomodándose en un mullido almohadón.

—Puedo hacer que la joven te desee, que solo piense en ti.

—Eso bastará.

Y el efrit concedió el deseo.

El Sultán mandó traer a la joven, y en poco menos de una hora ya estaba parada frente a su alcoba.

Los labios le temblaban cuando le quitó el abrigo, cuando comenzó a besarle los hombros, la mujer ya no pudo controlarse, y tomó a Malek del cabello y lo besó. El efrit los observó, callado. No tenía deseos carnales, pero si curiosidad. Su amo había enviado a uno de los hombres de Nadir a buscarla, y conocía suficiente a los humanos como para saber que no tardaría en llegar al novio. Cuando Nadir entró por la puerta, su prometida tenía la cabeza metida entre las piernas del Sultán.

—¡Shaina! —gritó su nombre. La joven se incorporó y se limpió la boca. Por unos momentos, el hechizo que la gobernaba perdió su poder. Y la chica rompió en llanto al comprender lo que había pasado.

Nadir también lloraba, pero la furia era más intensa. Desenvainó su espada y la alzó contra su gobernante.

No llegó a tocarlo. El Sultán ordenó a sus guardias que se lo llevaran. Y estos, aunque dudando un poco lograron someterlo y encarcelarlo.

El efrit no se quedó a mirar a su amo consolar a Shaina,



el hechizo había vuelto a ella, y lo más probable era que siguieran fornicando. Al genio le interesaba más lo que pasaría con Nadir. Así que le siguió.

Cuando lo pusieron en la última celda, reservada a los condenados a muerte, el efrít estuvo a punto de retirarse, pero vio llegar a un hombre. Portaba una capucha que escondía su rostro, sin embargo, son pocas cosas las que escapan a la vista de un genio. Y bajo el manto color marrón, se podía distinguir el uniforme blanco y dorado de la guardia real.

El visitante trajo vino y queso. Se sentó con el prisionero y comenzaron a charlar. A medida que transcurría la noche, fueron llegando más y más hombres, todos con la capucha sobre su uniforme. Algunos traían fruta, otros dátiles. Para antes del amanecer ya eran un grupo de al menos quince. El efrít escuchó los brindis... y los planes, pero no dijo nada a su amo.

A la noche siguiente entraron a la alcoba real y amordazaron al Sultán. Lo ataron a su trono de oro y lo arrojaron a la piscina del palacio.

Los efríts pueden leer los pensamientos si lo desean. Malek, hundido en el fondo de la piscina, intentando contener la respiración, solo pensaba una cosa: “deseo que me salves la vida”. Pero el genio no podía cumplir esta orden. Todos los deseos debían ser expresados de manera oral. Así, ante el temor de que su amo muriera, creó una burbuja de aire alrededor de su cabeza y retiró la mordaza.

—Deseo que me salves la vida.

Las sogas que lo ataban a la silla se hicieron ceniza y



Malek se vio libre para nadar a la superficie. Después de respirar profundo un par de veces, salió de la piscina y pidió su siguiente deseo.

—Efrit, una espada... en llamas.

Hace algún tiempo había pedido ser el mejor espadachín del mundo, y tener la fuerza de veinte hombres. No fue problema matar a todos los guardias hasta la sala real, donde Nadir había usurpado su trono. Una mujer de cabellos rojos yacía en el suelo, alrededor de ella, un charco de sangre carmín, brillante, que hacía ver a la cabellera de la joven opaca y sin chiste.

—Deseo que Nadir sufra la muerte más dolorosa que pueda existir.

Y el efrit concedió este deseo de buena gana.

J . R . SPINOZA

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](#)

Twitter: [@r_spinoza](#)





**TRANS -
COMUNIÓN**
IÑAKI FERRERAS

Ricardín —ahora, alias Bertita— se puso con gran gozo el traje de comunión, se miró al espejo y pegó una sonora carcajada. Hacía un año que había acordado con sus padres —harto liberales— cambiarse de sexo —se sentía femenino desde su más temprana edad—, por lo que se vestiría de chica para su primera comunión. De este modo, anunciaría al mundo su sentir y su deseo de ser otra persona. Al fin y al cabo, legalmente no había nada que se lo impidiera. Y el país vivía aires de libertad para los jóvenes con cuerpo de un sexo y sentimiento del sexo contrario. De modo que acabó de ajustarse la corona con el velo colgando, se enfundó los guantes y de la mano de su padre y con su madre siguiéndoles por detrás, se dirigió resuelta hacia la iglesia.

El guapo chico de diez años, de suaves facciones que recordaban a los infantes de las estatuas griegas, sabía y asumía de sobra que sus vecinos y compañeros de catequesis se llevarían un shock viéndole de esa guisa. Pero la bofetada metafórica sería para los padres de estos, todos burgueses y “bienpensantes”.

Bajó las escaleras del portal bien orgulloso y tieso por la decisión tomada. Pero dio un traspies y se cayó de espaldas. Casualmente, por delante de la puerta de entrada, pasaba vestido de marinerito su peor enemigo del colegio.

—¡Mira el marica, vestido de novia para su comunión!
¡Habrás visto..! ¡Novia marica, novia marica!

Mientras Bertita se levantaba, el compañero se acercó a ella y le propinó un fuerte empujón. La niña volvió a caer y se



hizo daño en una muñeca. Volvió a levantarse a defenderse, pero le dolía demasiado y gritó a sus padres. Estos bajaron raudos y asustados por la escalera y le vieron comenzar a llorar. La niña les contó lo que el compañero le había hecho, pero este ya se había marchado aprisa hacia la iglesia, donde esperaba un grupo de diez niños y niñas vestidos con diferentes trajes. Ellas, de calle y novia. Ellos, de marineros, frailes y de calle, también. En pleno siglo XXI a muchos capitalinos les hubiera hecho gracia que, aún, hubiese niños vestidos con estos trajes, más propios de mediados del siglo pasado. Pero en la España rural todavía se estilaban usos y costumbres de antaño. Era lo que le daba ese sabor y toque originalmente especial.

Los padres y Bertita se metieron en un coche de caballos que estos habían alquilado con mucho esfuerzo para la ocasión. A la niña se le pasó el disgusto porque su madre no dejó de besarla y darle ánimos. Y, por un momento, se sintió alguien especial en la calesa. El padre, sin embargo, fruncía el ceño y no acababa de creer que su otrora hijo fuese a recibir la primera ostia sagrada convertido en una niña. Bueno, cuasi niña, porque aún, tenía colita... Pero Bertita estaba resuelta a operársela cuando fuera adolescente. La odiaba. Deseaba una vagina con todas sus fuerzas. Se sentía mujer hasta la médula.

Frente a la iglesia, estaban sentados dos vecinos rumanos que escuchaban canciones pop antiguas. En el momento en que Bertita llegó a la entrada de la iglesia con sus padres, sonaba “De niña, a mujer”, de Julio Iglesias. La niña se emocionó y su padre les gritó ofendido para que quitaran ese



tema, estaba convencido de que habían aprovechado la ocasión para ponerlo justo a posta, cuando la familia llegara. Y también estaba “muy jarto” del hazmerreír de toda la vecindad. Su mujer, por el contrario y en el fondo, siempre quiso tener una hija aunque, de cara a la galería, jugaba el papel de madre tradicional y católica: había aparentado disuadir a su hijo para que, bajo ningún concepto, se cambiara de sexo. Pero la fuerte naturaleza y firme convicción de este pudieron a todas las presiones, externas, de su entorno, e internas, de su familia.

Cuando entraron por el umbral de la parroquia, el cura les saludó haciendo una especie de venia. Su rictus era serio y solemne. Siempre que tenía que celebrar comuniones adquiría una actitud majestuosa, como de aristócrata. A Bertita más bien la parecía una reinona y estaba seguro de que “entendía”. Una vez, en la catequesis, el cura le puso la mano en el culo, a la vez que le explicaba un pasaje del Nuevo Testamento. Bertita —entonces, Ricardín— le apartó la mano de golpe y le miró con odio. No soportaba los abusos, fueran de la índole que fueran. Había oído de unos cuantos hacia compañeros suyos de clase, y también por la televisión, en diferentes países, Estados Unidos, Francia y, recientemente, en España. Y no eran precisamente, pocos, sino miles. Y eso le carcomía por dentro. Porque estaba convencido de que siendo ahora mujer, sería objeto de muchas más intentonas abusivas en el futuro.

El grupo de niños estaba reunido frente al altar. La ceremonia, a punto de empezar. Todos los familiares esperaban de pie el comienzo de la homilía. De repente, al padre de Bertita le dio un mareo lipotímico.



—¡Ay, que me da algo, que me da algo!

Gritó estas palabras con un sudor jesucristico en la frente y se cayó en redondo. El cura corrió a su auxilio y todos los familiares feligreses fueron a mirar qué ocurría. Los niños quedaron estupefactos, boquiabiertos, sin saber ni qué decir ni qué hacer. Veían que el día de su primera comunión se iba al garete.

—¡Que alguien llame a un médico, que alguien llame a un médico!

La madre de Bertita gritó asustada estas palabras, pero nadie se hizo cargo de avisar al doctor porque, en el fondo, querían profundamente que la ceremonia se estropeará para que sus hijos no hicieran la comunión con el “asqueroso” niño transexual. Fue una especie de pacto colectivo tácito. El padre de Bertita perdió la consciencia y el párroco le hizo el boca a boca.

—¡Cómo le gusta —pensó Bertita— Es gay seguro!

Al agacharse a auxiliar al padre, la sotana del cura se abrió hacia la parte inferior del pecho y, con gran sorpresa, la madre de uno de los niños vio dos grandes y turgentes pechos colgar.

—¡Dios mío, Dios mío! Don Miguel tiene tetas. ¡Don Miguel tiene tetas!

Todos los asistentes la miraron como si estuviera loca, pero dos padres fueron a comprobar si lo que la aparentemente enajenada gritaba era cierto. Y vieron que efectivamente sí lo era y gritaron la misma frase al unísono

—¡Don Miguel tiene tetas! ¡Don Miguel tiene tetas!



Acto seguido, el resto de las familias se acercaron apresuradamente hacia él, que ya se había incorporado y se cubría el pecho con las dos manos y les miraba con los ojos fuera de las órbitas, profundamente avergonzado.

—¡Don Miguel es una mujer trans! —Dijo Bertita con júbilo— como yo.

Entonces, el cura, en vez de achantarse, llamó a un médico para asistir al padre de la niña, al tiempo que subía los peldaños hacia el altar y se dirigió a los fieles. Tragó saliva, se subió las tetas para que se sujetaran como Dios manda y les habló a todos con voz amariconada, que era la que, por otro lado, nunca había ocultado.

—Hermanos y hermanas. Efectivamente, nuestra hermana tiene razón. Soy mujer, pero lo he ocultado durante todos estos años porque la Iglesia no admite el cambio de sexo. Soy como Bertita, pero en mi caso tomé la decisión muchos años después que ella. La respeto y honro porque, siendo una niña de doce años, ha tenido el arrojo de tomar tan difícil decisión vital.

Las familias de los niños a punto de hacer la comunión fueron corriendo a por ellos y les sacaron de la iglesia despavoridos. Dentro quedó tumbado e inconsciente el padre de Bertita, la madre llorando e intentando auxiliarle, Bertita preocupada por lo que a su progenitor le pudiera ocurrir y Don Miguel, el párroco trans acercándose a la niña y guiñándola un ojo.

—Ya somos dos, cariño. Ahora, ya no estás sola —le dijo emocionada.



Y ambos se dieron un fuerte abrazo con el sonido de fondo de la sirena de una ambulancia.

IÑAKI FERRERAS
España



CONVOCATORIA OCTUBRE 2022

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 80

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 de SEPTIEMBRE de 2022



EL NARRATORIO



ISSN 2591-3123

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 7 NRO 79 SEPTIEMBRE 2022



ÁLVAREZ BENAVENTE ÁVILA R. BARRAGÁN ÁLVAREZ
CORNEJO LOBO DE ESPINOSA ECHEVERRÍA
FEDERICI FERRERAS GARCÍA GARCÍA DÍAZ
GASSÓN PACHECO GÓMEZ ALAIS GÓMEZ CORDERO
GONOROWSKY GONZÁLEZ INZA LINH
SALDÍVAR SPINOZA TOMAS TORRES MARRUFFO
VELARDE VIGNERA VILLANUEVA PARAVICINO
VILLARREAL DE LOS REYES VILLOLDO BOTANA

ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar
FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
TWITTER: @narratorioblog
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com

